
-1-
La ciudad submarina
por RED. ARTHUR.
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


RED ARTHUR
LA CIUDAD SUBMARINA
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES

Capitán Meteoro. Joven aventurero, as de la navegación interastral.

«Pelirrojo». Amigo y socio del anterior.

Profesor Berger. Eminente biólogo.

Yvette Berger. Hija del anterior.

Tom Álvarez. Sudamericano, fiel aliado del Capitán Meteoro.

Ernest Rennie. Residente de Moon, capital de la Luna.

Knuls. Subordinado del anterior.

Blomberg. Miembro del Consejo Superior, íntimamente relacionado con el Capitán Meteoro.

Van Deerst. Explorador de Marte.

PRINTED IN SPAIN

TIP. ARTÍSTICA



CAPÍTULO I

Las alucinaciones del capitán Meteoro

Al amparo de la noche lunar y tras unas rocas, varios individuos cambiaban palabras entre sí a través de sus emisoras individuales. Pese a lo innecesario de la precaución, lo hacían en tono bajísimo.

Una voz con marcado acento terrestre, aunque pronunciando palabras en un idioma extraño, sobresalía del resto. Segundos después se estableció nuevamente el silencio, que no tardó en verse destruido por voces que ahora se expresaban en correcto esperanto.

-Aquella es la casa del profesor Berger -dijo una de las voces.

-En efecto; a partir de aquí será necesario extremar las precauciones.

-No creo que vaya a ser un trabajo excesivamente difícil. Ese hombre no vive para otra cosa que no sean sus investigaciones -contestó la voz del que hablara primero.

-A pesar de ello no debemos de olvidar a su hija; igualmente, no debemos olvidar la advertencia que nos hizo de que evitáramos que ni Berger

ni ella pudieran reconocernos. Una vez lleguemos hasta la casa habrán de ser nuestros acompañantes los que vayan delante y realicen su misión.

Apenas finalizada esta conversación los individuos abandonaron las rocas. Era extremadamente difícil advertir su fisonomía y características.

En la tenebrosa noche selenita resultaba dificilísimo poder identificar a los extraños seres que en seguimiento de los terrestres surgieron del mismo escondite que ellos.

Escasamente proyectaban sombra, lo que hacía suponer que si no transparentes, eran, cuanto menos, translúcidos.

Aproximándose a ellos podíase, con cierta dificultad, advertir un remoto parecido con sus compañeros terrestres. Naturalmente, este parecido se limitaba a su configuración externa y modo de llevar distribuidos sus miembros.

Sin excepción alguna, eran de talla más reducida que la de cualquier terrestre normal. En aquellos alucinantes seres de quimera, el tejido muscular se veía sustituido por otro de una gelatinosidad hasta parecer viscoso, muy similar al de las medusas. De día hubiérase podido comprobar fácilmente en su interior el esqueleto de tipo fibroso que al mismo tiempo constituía su sistema neurálgico y muscular.

Mas aun sin este detalle, bastaría ver sus ridículas cabecillas, desprovistas de otros apéndices que no fueran sus ojos de rabioso color bermellón, pendientes de pedúnculos dotados de movilidad y sentido de la orientación, para reconocer su identidad.

¡Los pocos conocidos venusianos! ¡Los temidos hombres-medusa de Venus, único planeta de la Galaxia Solar que había logrado oponer resistencia al poderío de la Tierra y que constituía su más seria amenaza!

El grupo formado por los tres terrestres y cinco hombres-medusa se alejó en determinada dirección. Resultaba fácil averiguar cual era su destino. A pocos metros por delante de la facción se alzaba la leve joroba de una cúpula de plástico que protegía de la escasa e irrespirable atmósfera selenita a los moradores de la casa que bajo ella, y excavada en la roca, existía.

Pronto llegaron a ésta y se tendieron en el suelo para evitar que la casualidad hiciera que desde dentro les vieran.

Nuevamente se escuchó una voz de terrestre.

-Ha llegado el momento de actuar, Knuls. Recomiéndales que sean

rápidos.

-Está bien. Pero no olvides, Jorg, la recomendación que se nos ha hecho de que seamos cautelosos. No debe ser descubierta nuestra identidad.

-Bien, bien. Ya lo has dicho varias veces. No perdamos más tiempo.

El llamado Knuls se arrastró hasta uno de los hombres medusa. Sostuvo con él una conversación en la que, junto con extrañas palabras, mezclaba otras de esperanto. A pesar de ello el venusiano pareció comprender perfectamente el sentido de lo que se le explicaba.

Sus extraños ojos adquirieron inusitado brillo. Sus órdenes resultaron secas, tajantes y sumamente lacónicas. Era bien evidente que se trataba de un plan preconcebido.

Uno de aquellos hombres se incorporó a medias para ayudarse en la labor de extraer algo de una pequeña bolsa que llevaba en bandolera. En sus manos apareció una esferita de metal opaco de cierta semejanza con el plomo.

Sus ojos bermejos, con los pedúnculos enhiestos, miraron a través del material de su escafandra en dirección al interior de la cúpula esférica. Luego buscó la pequeña cerradura automática que abría la puertecilla de acceso al interior.

Dirigió hacia ella la esferilla, manteniéndola una fracción de segundo frente a la cerradura. Aparentemente no sucedió nada, pero casi al instante comenzó a arder aquella parte de la cúpula.

Una breve maniobra del venusino evitó que ardiera toda ella.

Libre del mecanismo que la mantenía cerrada, la puerta cedió a la presión que sobre ella ejercieron los asaltantes.

Con una ejecución de movimientos maravillosamente sincronizados, los cinco habitantes de Venus se introdujeron en la cúpula. Jorg les imitó.

Knuls pareció dudar, pero se decidió pronto. Tras dejar al otro terrestre la consigna de que vigilase atentamente, se reunió con la mayoría del grupo.

El hombre de Venus repetía la misma operación de antes, ahora frente a la puerta de entrada a la vivienda.

-Espero que no cometas una imprudencia -susurró Knuls a Jorg en tono admonitorio.

Jorg no se tomó la molestia de contestar, porque ya la puerta estaba abierta y los cinco venusinos penetraban en la casa con sus saltos fofos.

El terrestre fue rápidamente tras ellos, siempre seguido de cerca por Knuls.

La casa no era excesivamente grande y pronto los intrusos llegaron al fin de un corredor en el que se abrían las tres incógnitas de otras tantas puertas cerradas. Igualmente, del final del corredor arrancaba una escalera, cuyos peldaños descendían a un piso de más bajo nivel que el que en aquellos momentos ocupaban.

Los hombres de Venus dudaron acerca del camino a escoger. La indecisión duró bien poco. Simultáneamente, tres de aquellos repelentes seres avanzaron decididos hacia las puertas.

No llegaron a ser abiertas en su totalidad. Antes de que esto sucediera sonó un grito procedente de la escalera.

Fue un grito de mujer. Un grito desganado, de auténtico miedo. Los sorprendidos venusinos se revolvieron instantáneamente. La mujer les miraba con ojos desencajados por el espanto. Era muy joven y bella. Su cabellera como la endrina contrastaba notablemente con la intensa palidez de su rostro casi perfecto.

Con una insospechada agilidad, imposible de relacionar con su lacio aspecto, dos de aquellos seres saltaron hacia ella. Fueron escasos los segundos que invirtieron en sujetarla y reducirla al silencio.

En su lindo rostro se veía claramente el profundo asco que le producía el contacto de aquellas viscosas manos de tan sólo cuatro dedos.

-Bajemos tres de nosotros -apuntó Jorg-. Esta escalera debe conducir al laboratorio del profesor Berger.

Knuls transmitió la orden al que parecía jefe de los venusinos. Dos de ellos iniciaron el descenso. Jorg se apresuró a ir tras los designados, siempre precediendo a Knuls que no parecía muy satisfecho de su impetuosidad.

Apenas descendieron el último tramo pudieron darse cuenta de que no estaba Jorg equivocado en su suposición.

Una pequeña puerta daba a una estancia de dimensiones vastísimas El más profano, con sólo dejar pasear la mirada, habría tenido suficiente para comprender que se trataba de un laboratorio.

Los asaltantes doblaron las precauciones, buscando cualquier obstáculo aprovechable para avanzar sin ser vistos.

Jorg hizo una silenciosa seña, indicando a los otros una dirección,

precisamente en la que se hallaba un hombre de edad madura sin ser viejo.

Estaba vuelto de espalda y parecía abstraído en algo que absorbía por completo su atención. Ni siquiera el grito lanzado por la muchacha parecía haber escuchado.

Los dos hombres-medusa avanzaban sigilosamente sin producir el más leve ruido.

Fue Jorg quien en última instancia tropezó con una mesa derribando un recipiente de cristal que, al estrellarse contra el suelo, produjo el sobresalto del hombre, que permanecía sentado con un ojo pegado al complicado microscopio eléctrico.

Se revolvió con la velocidad de una centella a tiempo de ver cómo las dos masas gelatinosas cargaban sobre él Obedeciendo a un reflejo intentó resistir el ataque, pero bien pronto pudo darse cuenta de que era completamente inútil.

Contra toda despreciativa consideración, la fuerza de aquellos extraños hombres era enorme.

Después de romper el recipiente de cristal, Jorg se ocultó rápidamente para que Berger no le identificara. Knuls hizo lo propio apenas escuchó el estallido de la probeta.

En aquel momento, tras haberse convencido de que en el piso superior no estaba la persona que buscaban, descendían los tres restantes hombres de Venus.

Al ver apresado al hombre del sótano abandonaron parte de las precauciones que habían adoptado con respecto a la muchacha de cabellos negros.

La bella, al verse libre de la presión de la asquerosa mano de su aprehensor, gritó:

-¡Padre!

-¡Yvette, hija mía!

-¿Quiénes son estos seres y qué van a hacer con nosotros?

Los venusianos, obedeciendo la orden del que parecía ser su jefe, se pusieron en marcha hacia la escalera.

-Son los hombres de Venus. Evidentemente se trata de un rapto. No creo en una invasión... -contestó a gritos el profesor Berger.

-Había dos semejantes nuestros entre ellos -avisó la joven de igual

modo.

La más viva sorpresa se retrató en el rostro de su padre, que instintivamente volvió el rostro hacia atrás. En el mismo momento lanzó un grito de sorpresa al descubrir a Jorg que, creyendo que ya no podría identificarle, había abandonado su escondite.

-¡¡Jorg!!

Estaba probado que el profesor Berger le conocía.

El nombrado avanzó hacia el prisionero con el rostro demudado. Casi al mismo tiempo salió Knuls de su escondite, gritando:

-¡Te lo advertí, Jorg!

Berger acentúo más si cabe su gesto de asombro.

-¿Usted también, Knuls? ¿Qué clase de broma estúpida es esta? -dijo.

No fue Knuls quien contestó, sino Jorg, que pálido de ira rugió:

-¡No se trata de ninguna broma! ¡Maldito sea! Nos ha descubierto, pero jamás podrá delatarnos, porque ahora mismo voy a matarlo.

Con gesto decidido empuñó su pistola atómica.

-¡Jorg!

El grito de Knuls dio la impresión de confundirse con el de agonía de su compañero, que vaciló como un beodo mientras de su pecho se escapaba un diminuto penacho de humo espeso. La pistola se le fue de las manos, rebotando varias veces contra el suelo.

El espanto, mezclado con el estupor, se retrató en los semblantes de los terrestres, que no acertaban a comprender lo sucedido.

Fue Knuls quien primero consiguió hallar la solución al ver en mano de uno de los venusianos la esfera de metal gris plomo con que se habían valido para forzar la cerradura.

Su aterrada mirada fue del diminuto objeto al cuerpo de Jorg que acababa de desplomarse. Se arrodilló junto a él. Poco tiempo le bastó para convencerse de que estaba muerto.

Una idea de venganza cruzó su cerebro, pero la contemplación de la eficaz arma, que aún empuñaba el matador de Jorg, le disuadió.

El jefe de los hombres-medusa le dirigió algunas incomprensibles palabras y Knuls pareció asentir ayudándose para ello de la cabeza.

Los prisioneros fueron obligados a subir la escalera. Knuls cargó sobre sus hombros el cadáver del que fue su amigo y fatigosamente, pues la

escafandra le restaba facilidad de movimientos, subió la escalera en seguimiento de los otros.

El profesor Berger y su hija comenzaron a notar los primeros síntomas de asfixia, ya que la puerta de entrada había quedado abierta.

Una vez provistos de sus escafandras fueron obligados a salir al exterior. Merced a los elásticos saltos a los que obliga la poca gravedad del satélite, no tardaron en alejarse del lugar.

La comitiva llegó hasta una enorme esfera completamente pintada de blanco que estaba asentada sobre tres pies telescópicos de amortiguadores sucesivos.

Los de Venus treparon a la aeronave, obligando a hacerlo a sus prisioneros. El jefe cambió algunas palabras con Knuls y luego imitó el ejemplo de sus hombres.

El terrestre con su fúnebre carga y el otro compañero se retiraron a prudencial distancia.

Sin más signos de que se ponía en marcha que el rebufo de sus turbinas silenciosas, la astronave marciana se elevó casi verticalmente.

Los terrestres emprendieron el regreso.

Knuls, que no había abandonado el cadáver, se asomó al interior de un pequeño cráter. En su fondo apenas parecía haber una tenue capa de polvo, cuando en realidad eran traidoras arenas corrosivas.

Dejó caer el cuerpo de Jorg en la oquedad, apresurándose a evitar el polvillo que se levantó.

Finalizada su macabra operación reanudó el camino en compañía del otro.

No más de ocho horas serían suficientes para que de lo que fuera el cuerpo de Jorg no quedara más que algunas cenizas que nadie trataría de examinar por temor a las corrosivas arenas...

* * *

Sidney Tracy, más conocido por sus allegados con el remoquete de capitán «Meteoro», repasaba por centésima vez el complicado salpicadero de su astronave.

Frecuentemente hacía consultas a un diminuto cerebro electrónico auxiliar. Pulso un botón y se escuchó el chirrido característico de un teléfono interior.

-¿Cómo van esas turbinas, Nils? -La voz de Sidney Tracy era profunda, pero de matices agradabilísimos.

Escuchó atentamente la respuesta de Nils y volvió a consultar el salpicadero, en cuya contemplación se sumió por espacio de algunos minutos.

Sidney Tracy era, valga la expresión nunca mejor empleada, un trotamundos. Pero regularmente se dedicaba a realizar un servicio comercial entre la Tierra y la Luna. El transporte entre planeta y satélite reportaba pingües beneficios. Esto, no obstante, no era obstáculo para que el capitán «Meteoro» abandonase temporalmente el tráfico para campar por sus respetos. Su osadía y pericia poco comunes eran el motivo por el que se recurriese a él cuando alguna expedición trataba de llegar hasta Marte o Neptuno. Se decía de él que era el único cosmonauta terrestre que había logrado posarse sobre los eternos hielos de Venus.

Dos días antes había abandonado con su viejo cohete de transporte la más importante ciudad de la Luna: Moon.

Inexplicablemente el anticuado artefacto dejó de responder al mandato de los mandos. Treinta horas llevaban ya a la deriva, alejándose de la trayectoria que les habría de conducir a la Tierra.

Finalmente parecía haberse localizado el origen del mal funcionamiento de la astronave. Efectivamente, algún tiempo después Sidney Tracy sonrió satisfecho al comprobar que todo marchaba bien.

Después de conectar el piloto automático abandonó el sitio que había ocupado hasta entonces. Con gesto de cansancio pasó su mano por el revuelto cabello. Pese al antiestético «mono» con que se cubría, podía advertirse su poderosa constitución atlética.

La primera impresión que se obtenía al verle era la de que era un hombre delgado. No era aventurado asegurar que en todo su cuerpo no habría más de kilo y medio de grasa.

Pero lo que más poderosamente llamaba la atención de su persona era la fuerza de su mirada. Sus ojos negros llegaban a parecer carbones encendidos cuando algo le excitaba.

Con un gesto automático trató de ahogar un pertinaz bostezo que reflejaba el cansancio que le embargaba, pero el ya citado bostezo no llegó a constituir una realidad. Algo que viera a través del ojo de buey que le permitía ver el espacio tuvo la virtud de llamar su atención hasta el extremo de quedar

con la boca abierta.

Apresuradamente se abalanzó contra el cristal para ver mejor.

No, no se había equivocado; se trataba en efecto de una astronave. Trescientos años antes, aquello hubiera sido asombroso, mas no ahora. Pero lo que realmente llamó la atención del capitán «Meteoro», fue la configuración de la astronave y la ruta que llevaba.

Cuando se apartó del ojo de buey estaba sumamente pensativo.

Un hombre de mediana edad entró en la cabina de mando. Jamás se habrá dado otra persona, con el cabello más rojo que el de Earle Saunder.

Traía el pecoso rostro contraído por una mueca de disgusto que casi hacía desaparecer sus ojos.

-He estado tratando inútilmente de arreglar los volantes de estabilidad. Creo que he conseguido que resistan un poco más -dijo sin saludar-, pero no creo que nos permitan llegar hasta nuestro destino. Hemos de regresar a la Luna. Este cascajo necesita una repa...

-¡Eh! Saunder, acabo de ver una astronave de Venus.

-Está bien. Estaba diciendo que los volantes de... -abrió tamaños ojos-. ¿Qué estás diciendo?

-Es cierto. Asómate, quizá puedas verla aún.

Después de lanzarle una extraña mirada, el pelirrojo hizo lo que se le mandaba.

-No veo nada, «Meteoro». ¿No habrás visto algún aerolito?

-No digas cosas raras, Earle. ¿Cómo puedes creer que no puedo distinguir un aerolito de una astronave?

-Mira, muchacho; bastante tengo con esos malditos volantes, para preocuparme ahora de tu salud. Procura descansar algunas horas. Yo dirigiré esta cafetera hasta Moon.

-Me voy a dormir... para no escuchar más tonterías.

Cuando Sidney Tracy hubo salido, Saunder volvió a asomarse al tragaluz.

Dejó de observar el espacio. Se encogió de hombros y. moviendo dubitativamente la cabeza, se dirigió al salpicadero.

CAPÍTULO II

Hipótesis excesivamente fabulosas

Como prometiera, Saunder el «Pelirrojo» posó el cohete sobre la superficie de la Luna exactamente en la Estación Interplanetaria de Moon.

El capitán «Meteoro» fue el primero en saltar al suelo. Pronto se le reunió Earle, que habíase rezagado, transmitiendo las órdenes oportunas al personal del cohete.

A través de su aparato radiotelefónico comentó con Sidney Tracy:

-Que este accidente lo hayamos tenido precisamente cuando tenemos un buen flete esperándonos «allá», nos va a perjudicar.

El capitán «Meteoro» miraba fijamente a la astronave de anticuadas líneas. A través del cristal de su escafandra podía advertirse la nostalgia de su mirada.

-«Caballito Blanco» se nos hace viejo a la carrera -respondió-. Sentiré deshacerme de él.

-Afortunadamente viajábamos en lastre. Lo cual es una ventaja; con mercancía, este viaje podría haber tenido catastróficos resultados económicos.

-¿Es posible que seas tan positivista como yo te imagino? No piensas en otra cosa que no sean los negocios. A veces llego a pensar que no quieres a «Caballito Blanco».

«Pelirrojo» abrió tanto los ojos, que su diámetro casi llegó a igualar al de la escafandra con que se protegía.

-Está bien claro que no eres tú quien tiene que atender a las facturas que origina el mantenimiento de tu «Caballito Blanco» -exclamó con tono ofendido-. Para mí no tiene otra poesía esa cafetera vieja, que la del rendimiento que pueda darnos. Y tengo que advertirte que no es, ni con mucho, el que necesitamos para adquirir un mercante moderno.

Tracy no respondió a las palabras de su amigo y socio. En vez de ello continuó contemplando a la remendada astronave.

-Y ahora... -volvió a decir Saunder-, si no tienes nada que oponer, vayamos al Servicio de Reparaciones para que le añadan un nuevo parche a nuestro «flamante» cascajo.

Sin esperar a la respuesta de Sidney Tracy, echó a andar hacia las gigantescas construcciones de la Estación Interplanetaria. De dos maravillosos saltos le alcanzó el joven.

Durante todo el trayecto caminaron sin cambiar palabra. Saunder contrató los servicios de reparación sin que «Meteoro» interviniera para nada. Se mantenía en una actitud pensativa y rigurosamente muda.

No salió de su letargo hasta que «Pelirrojo» le tomó por el brazo, obligándole a salir.

-El ingeniero jefe, opina que tardarán veinticuatro horas en reparar los desperfectos, aunque no lo asegura hasta cerciorarse de la gravedad de los mismos.

Esperó algún tiempo para dar ocasión a que su compañero emitiera su opinión. Pero «Meteoro» no parecía dispuesto a hacerlo. Saunder volvió a la carga.

-Tenemos veinticuatro horas de descanso -siguió otra pausa, que nuevamente volvió a destruir «Pelirrojo»-. Yo voy a tomar unas copas en Moon. ¿Me acompañas?

-Lo siento, Earle. Tendrás que ir solo. Yo voy a otro sitio.

-¿Puedo saberlo? Tal vez me venga de paso y puedo acompañarte,

-Voy a la Delegación del Consejo Supremo.

-Pero si tenemos todos nuestros asuntos en regla, Sidney. No necesitamos renovar ningún permiso... -se detuvo casi en seco-. ¡Eh, amigo! Espero que no sea por el asunto de la astronave de Venus...

-Has acertado -respondió el muchacho, echando a andar.

Saunder quedó rezagado. Con cómicos saltos llegó de nuevo hasta su altura.

-Mira, muchacho. Cuando tú no eras más que un mocoso, ya estaba yo cansado de surcar el Cosmos. He visto casos peores que el tuyo. La enorme tensión nerviosa y los efectos de la velocidad influyen poderosamente sobre el organismo; por ello no es extraño que el cosmonauta se halle maravillosamente predispuesto para la alucinación. Y eso y no otra cosa es lo que te ha sucedido a ti Has sido víctima de una alucinación. Lo mismo hubieras podido ver una astronave de Venus, que un canguro dando saltos de estrella en estrella. Créeme, nadie va a prestar crédito a tus palabras.

-Hablas demasiado, Earle.

«Pelirrojo» le miró sorprendido. Luego hizo un gesto de infantil rabieta y murmuró:

-En eso llevas razón.

Veinte minutos más tarde se hallaban en el interior del enorme edificio que, como delegación, tenía el Consejo Superior.

«Meteoro» pidió hablar con el Residente sin conseguir mejor resultado que el de ser recibido por el secretario particular de éste, bajo la condición de ser breve.

La convicción que demostraba en su relato no llegó a convencer al secretario, pero le movió para concederle una entrevista con el Residente. Aunque la formidable noticia de que era portador aquel cosmonauta tenía visos de no ser más consistente que la inmortalidad humana, quiso eludir cualquier responsabilidad que pudiera derivarse de su incredulidad.

Algunos minutos más tarde eran recibidos por el Residente en persona.

Era un hombre afable de agradable presencia que escuchó atentamente la versión del capitán «Meteoro».

-Todo cuanto me ha dicho es realmente interesante si pudiera tener alguna consistencia, pero no la tiene. Debo decirle que agradezco su interés que demuestra su alto valor cívico, pero igualmente debo tranquilizarle, explicándole por qué no hay motivo de temor -dijo el Residente con tono paternal

Al llegar a este punto hizo un paréntesis propio de un discurso político.

-Como piloto interplanetario no debe usted desconocer la eficacia de nuestra policía sideral. Numerosas veces habrá sido controlado por ella. Ningún cohete astral de diferente nacionalidad a la nuestra podría penetrar en nuestras órbitas sin ser detectado por los robots.

-Los robots no son más que máquinas, que en un momento dado pueden fallar -cortó Tracy-. Si es cierto que los creen infalibles, comienzo a dudar de su eficacia.

-Hace usted mal en dudar de lo que constituye nuestra salvaguardia -respondió el Residente-. Puedo demostrarle que su funcionamiento es perfecto. Pero hay otro punto oscuro en su relato. Indica usted que la trayectoria de esa supuesta astronave habría de llevarla directamente a Marte. Eso es absurdo. Dando por sentado que se tratara de una nave sideral venusiana, ¿no sería más procedente que regresara a Venus? ¿Qué podría querer aquí una sola nave de Venus?

Eso es precisamente lo que es necesario aclarar -respondió «Meteoro», casi belicoso.

-Lo siento, pero encuentro muchos puntos débiles en su relato. Uno de ellos es, por ejemplo, éste: Suponiendo que exista la tal aeronave, suponiendo que la Policía Sideral no la haya detectado, ¿no cree que en Marte habrían advertido su presencia ya? Y no hemos recibido ninguna noticia de allí a este respecto.

-Me permito recordarle que esa astronave aún no ha tenido tiempo de llegar a aquel planeta.

El Residente se mordió los labios, visiblemente violento.

-Es cierto, pero creo haber advertido en sus declaraciones que admite la hipótesis de que proceda de allí se apresuró a decir.

-No lo he dicho, pero me parece plausible. Por muy buenas que sean las máquinas de los venusianos, no las creo tanto como para realizar tan tremendo viaje en una sola etapa.

-Usted mismo admite que haya podido recalar en Marte. ¿Cómo, entonces, no ha sido advertida su presencia?

-Marte está prácticamente deshabitado. Sus moradores no pasan de ser bestias sin inteligencia, ni siquiera saben hablar. En cuanto a los terrestres, son escasos y están reunidos todos en la Base Experimental. Yo me comprometo a evolucionar un año entero sobre aquel planeta, sin que nadie de cuantos allí hay pueda enterarse...

-De todos modos, sería detectado en cuanto entrase en nuestras órbitas.

«Meteoro» estuvo a punto de estrellar su escafandra contra el suelo.

-¡No hago sino decir lo que he visto con mis propios ojos! -gritó-. Y por si duda del normal desenvolvimiento de mis facultades mentales, me someto a un dictamen médico.

El Residente esbozó una suave sonrisa.

-No he llegado siquiera a insinuar que esté perturbado, pero es lo más probable que haya sido víctima de una alucinación muy propia, por otra parte, de los pilotos intersiderales.

Se puso en pie.

-Nuevamente vuelvo a encomiar su celo previsor. Hasta otro día.

La entrevista había terminado, pero Sidney Tracy aún permaneció

algunos segundos contemplando la puerta por la que había desaparecido el alto personaje. Luego, inclinando la cabeza, se dirigió hacia la salida.

Earle Saunder se le reunió junto a ella. Desde una silla había asistido a la entrevista.

-Ya te advertí que no conseguirías nada -le dijo en tono amistoso-. Nadie podrá creerte.

-¿Ni siquiera tú?

«Pelirrojo» rehuyó la mirada. Mas el silencio le dio a entender que su amigo estaba interesado en saber su respuesta.

Le miró de soslayo, rascándose una oreja al mismo tiempo. Al fin dijo:

-Mira, Sidney; no tengo elementos de juicio. La verdad, no pude ver nada. De haber podido hacerlo, quizá sabríamos ahora a qué atenernos.

-Crees que estoy enfermo o que miento. ¿No es así?

-¿Cómo puedes decir eso? Te conozco demasiado para calificarte como embustero... Lo que sucede es que... En fin, es tan fabuloso lo que cuentas. ¿Qué dirías tú si te dijera que en pleno vacío he encontrado un saco de oro?

-Tú no eres capaz ni de imaginarlo tan sólo. Y si así fuera, lo mirarías, remirarías y por último rehusarías tomarlo por si hubiera pertenecido a alguna persona que padeciese una enfermedad infecciosa -replicó «Meteoro» de mal talante.

Saunder hizo una mueca y frunció el entrecejo. Sin cruzar nuevas palabras salieron del edificio.

* * *

Mientras tanto, en la Delegación del Consejo Superior el Residente se hacía acompañar de su secretario hasta la cabina de telemando, desde la que se gobernaba a los robots que ejercían la policía del espacio.

En el amplio gabinete sólo un hombre maniobraba ante los complicados tableros indicadores.

No parecía haber advertido la presencia de los recién llegados, pues no hizo el menor movimiento ni pronunció palabra alguna.

El Residente y su secretario llegaron hasta él. El zumbido de un alternador próximo ahogaba el leve ruido de sus pisadas.

-¿Alguna novedad, Knuls? -preguntó el Residente con su agradable y

bien modulada voz.

El interpelado pareció sobresaltado, mas al reconocer a los visitantes sonrió.

Knuls tardó algunos segundos en contestar; parecía absorbido por su trabajo.

-Ninguna, señor -contestó por fin-. Todo marcha a pedir de boca.

Ernest Rennie, Residente de la Luna, pareció estudiar minuciosamente los complicados mandos e indicadores del monstruoso salpicadero. De súbito dijo:

-¿Comprueba periódicamente los indicadores de posible avería?

-Lo hago cada hora, como está establecido. ¿Se me permite preguntar el motivo de sus preguntas, señor? Aún no se ha dado ningún caso de fallo en nuestra Red Automática de Vigilancia.

-Puede preguntarlo, pero no es necesario que le responda. Es suficiente con su afirmación de que ninguna anomalía ha sucedido. Continúe su guardia.

Ya se disponía a marcharse el Residente cuando Knuls avisó:

-Mi guardia hace media hora que finalizó. Mi sustituto no ha comparecido.

El Residente se mostró notablemente sorprendido. Antes de responder miró duramente a su secretario. Luego se volvió a Knuls.

-¿Quién debía reemplazarle? -preguntó con voz fría.

-El capitán Jorg

La más alta jerarquía de la Luna volvióse de nuevo hacia su secretario. La dureza de su mirada hizo encogerse preventivamente al hombre.

-Averigüe el paradero de ese hombre -las palabras del Residente restallaron en el ominoso silencio de la amplia nave-. Mientras tanto encárguese de ordenar las cosas para que este otro sea relevado lo más pronto posible. No quiero hombres fatigados en este servicio tan delicado.

Dicho esto giró en redondo y abandonó la estancia con largos y elásticos pasos. Aquel hombre aún gozaba de la agilidad y prestancia de un joven.

* * *

-Todo está dispuesto, «Meteoro». Dentro de una hora regresamos a la Tierra. He recibido un radio-mensaje de allá. Jean Barrillier nos comunica que

si no regresamos pronto tendrá que ceder a otro el flete que nos prometió.

-Completamente de acuerdo, Saunder. Por mi parte no hay inconveniente alguno en que ese asqueroso avaro de Barrillier nos prive de su flete. Pero eso no debe preocuparte; Jean nos reservará lo prometido aunque se pudrieran sus mercancías. No encontraría a nadie que le hiciera ese trabajo por el precio que paga.

«Pelirrojo» pareció a punto de responder, pero Sidney Tracy no le dio ocasión para ello.

-Acompáñame a la Oficina de Singladuras Interplanetarias.

Saunder le siguió con la sumisión de un perrillo faldero. «Meteoro» conocía la configuración interior del edificio lo suficiente para permitirse la menor vacilación. Después de atravesar algunos pasillos se detuvo ante una puerta. Dio algunos golpes sobre el plástico. De dentro le dieron el permiso para que franquease la entrada.

Sólo una persona había en la oficina. Se trataba de un hombre joven que pareció complacido por la visita.

-¡Hola, «Meteoro»! ¿Qué tal tus negocios?

-No sé que responderte, Stelvio; de esos desagradables asuntos se ocupa Saunder, pero no le preguntes. Tendrías necesidad de llorar.

-¿Qué te trae por aquí, entonces? -preguntó el otro joven.

-Necesito la contraseña para la Policía Sideral.

-Creí que ahora te dedicabas al servicio regular entre la Tierra y nosotros.

-Y así es, pero eso no quiere decir que no me decida a hacer algún viaje a Marte.

-Estás loco, «Meteoro» -intervino Saunder precipitadamente-. El flete de Jean nos está aguardando allá abajo. En serio, debo decirte que no estamos en situación para permitirnos el lujo de despreciar proposiciones. Espero que no seas tan estúpido que persistas en tu idea de ir a Marte a solicitar transporte.

-No te asustes, Earle. No vamos a Marte -respondió «Meteoro».

El gesto de estupefacción de «Pelirrojo» hizo reír a los dos jóvenes

-Entonces... -dijo aquél- ¿para qué necesitas la contraseña de la Policía Sideral?

Sidney Tracy, sin abandonar su sonrisa, tomó a Saunder por el brazo

obligándole a salir.

-Hablas demasiado, Earle.

A la hora establecida despegó de la Luna el viejo cohete de los amigos. A los pocos minutos recibía «Pelirrojo» la primera sorpresa del viaje, cuando advirtió que «Meteoro» marcaba el rumbo hacia Marte. A pesar de sus duras interpelaciones no consiguió disuadir a su joven amigo, ni averiguar cuáles eran sus planes.

Pero la segunda y mayor sorpresa la recibió cuando dos días más tarde, ya próximos a la zona en la que comenzaba el control de la Policía Sideral, recibió de «Meteoro» la orden de desconectar el emisor cuyas ondas al ser captadas por los receptores automáticos de los astrovehículos de la Policía Sideral, daban a los «robots» la certeza de que la nave localizada no era de un planeta extraño.

-¡No aguanto más! -gritó Saunder-. ¿Puedo saber de una vez qué es lo que te propones?

-No tardarás mucho en saberlo, Earle -respondió «Meteoro», atento en la observación del radar.

Saunder dejóse caer sobre una silla anatómica adosable. Su semblante era fosco.

-No será necesario que aguarde para cerciorarme. Me temo saber exactamente lo que te propones. Quieres comprobar por ti mismo si es verdad que la Policía Sideral es tan efectiva como te dijo el Residente...

-A veces llego a temer que eres una persona inteligente -contestó Sidney levantando la cabeza imperceptiblemente.

-No he presumido nunca de serlo, pero sería necesario ser ciego para no comprenderlo. Sin embargo, eres tú quien no se comporta de un modo sensato. Con tu estúpida manía no sólo te expones al ridículo, sino que expones las vidas de cuantos van contigo.

Como quiera que no hubo respuesta, Saunder optó por guardar igualmente silencio. A intervalos lanzaba escrutadoras miradas a Tracy. Aquella situación duró casi una hora.

De pronto, «Meteoro», exclamó:

-¡El radar denuncia la presencia de un cuerpo extraño!

Saunder se puso de pie de un salto. De no haber funcionado el dispositivo de gravedad artificial, se hubiera estrellado el cráneo contra el

panel frontero.

-¿A qué esperas, entonces, para dar la contraseña?

-Precisamente he llegado hasta aquí para ver si en realidad descubren nuestra ilegalidad de vuelo...

Casi inmediatamente vibró por un altavoz la voz excitada del operador de radio.

-¡Comandante, la Policía Sideral nos envía el ultimátum! ¿Qué sucede? Deberían haber advertido que somos una nave de la Tierra.

A las palabras del radio siguió un extraño silencio. Ni «Meteoro» ni Saunder supieron reaccionar a tiempo.

Afortunadamente el primero pudo advertir el proyectil que desde la nave de la Policía les enviaban.

Precipitadamente se abalanzó sobre los mandos. Su afortunada intervención evitó que fueran alcanzados. A pesar de ello el viejo cohete se estremeció como una barquichuela en el centro de la más espantosa galerna.

Aún no habían cesado los efectos de la cercana explosión del proyectil, cuando «Meteoro» iniciaba una nueva maniobra para evitar un segundo disparo.

-Conecta el avisador antes de que mi estupidez tenga funesto desenlace -gritó a Saunder.

La segunda explosión fue más próxima y estuvo a punto de poner fin al viaje de los terrestres.

Como para confundir a Sidney Tracy aún más de lo que estaba, no se produjo nuevo disparo. En su lugar volvió a escucharse la voz del radio. Su acento era de pavor.

-Piden la contraseña, señor.

«Meteoro» facilitó una cifra y, segundos después volvía a escucharse al radio.

-Nos autorizan a proseguir el vuelo.

-Está bien -respondió Sidney. Luego, dirigiéndose a Saunder, dijo-. Volvemos a la Tierra.

«Pelirrojo» se enjugó el abundante sudor de su frente.

-Afortunadamente logramos conectar a tiempo. Espero que ahora no te atrevas a dudar de la eficacia de la Policía Sideral A estas horas, por el número de control de nuestro avisador, ya sabrá el Residente que has

intentado comprobar por tu cuenta si era cierto cuanto te dijo. Se va a reír bastante de ti.

«Meteoro» mostró su rostro descompuesto.

-No me importa el Residente, ni el Consejo Superior en pleno -gritó fuera de sí-. Estoy completamente seguro de haber visto una nave de Venus. ¡Aunque os empeñéis todos en lo contrario! ¡La vi! ¿Me oyes? ¡¡La vi!!

Como predijera Saunder, el Residente envió un mensaje. Fue tan cruel su burla, que el capitán «Meteoro» ni siquiera se molestó en contestar.

CAPÍTULO III

La persona que creyó al capitán Meteoro

La tripulación del aerocohete tuvo pronta noticia de los motivos que habían originado la agresión por parte de la astronave de la Policía Sideral.

Así, cuando algunos días después se posaban sobre la Estación Interplanetaria de San Francisco, todos ellos abandonaron la nave, negándose a seguir prestando sus servicios.

Sidney Tracy continuaba en su reconcentrada actitud. Era evidente que le molestaba que nadie creyera en sus palabras.

Ni siquiera hizo comentario alguno cuando Saunder le comunicó la deserción en masa de sus hombres.

-Deberías olvidarte de ese asunto de las naves venusianas.

-¡No era más que una!

-Está bien, Sidney. Lo cierto es que debieras olvidar todo ello y dedicarte más de lleno al negocio. Las cosas no van tan bien como...

-De quien más fervientemente deseo olvidarme, es de ti.

Ambos hombres descendían en el ascensor que les llevaba hasta la plataforma inferior de la astronave. Desde ella saltaron a tierra por una escalerilla automática.

Ya en el suelo, «Meteoro» se dirigió de nuevo a «Pelirrojo».

-Ocúpate de ese flete de Jean Barrillier. Ya tengo algunas cosas que hacer.

-Sería conveniente que me indicaras para qué queremos la mercancía, si no tenemos tripulación.

Tracy se encogió de hombros y echó a andar. «Pelirrojo» le siguió de mal talante.

-¿A dónde vamos? -preguntó después de algún tiempo.

-Directamente a Ottawa. Precisando, a la sede del Consejo Superior.

-¿También aquí vas a ir con ese cuento de la astronave misteriosa?

-No es misteriosa. ¿Cuántas veces he de decirte que era de Venus?

Apenas dos horas más tarde estaban en la antigua capital del Canadá. Sin perder un solo segundo, se dirigieron al edificio en el que radicaba la poderosa organización que regía la civilización terrestre.

No pocos fueron los obstáculos con que tropezó «Meteoro» para lograr que alguien le escuchara. Pero el joven era hombre acostumbrado a

triunfar en cuanto se proponía. Sus gestiones dieron el fruto apetecido y una vez más la suerte estuvo de su lado. Al día siguiente había una reunión extraordinaria del Consejo y tal vez podría ser escuchado.

Fue necesario que arrastrara a Saunder para conseguir que le acompañara. Mucho antes de la hora prevista ya estaban aguardando a que les avisaran.

-Aún estás a tiempo -decía Saunder-. Piensa que te expones a que te tomen por loco y te sometan a un escrutinio médico. Está reglamentado.

-Nada de eso me importa.

Al fin se les avisó de que podían pasar. «Meteoro» no se hizo rogar. Tras él, cohibido, fue Saunder. Los doscientos miembros del Consejo eran un espectáculo al que el rudo piloto no estaba acostumbrado. Apenas pudo, fue a refugiarse en un banquillo deseando que la entrevista fuera lo más corta posible.

Un introductor leyó la declaración que el día anterior había hecho Tracy. Fue casi inmediata la reacción de la mayoría de los consejeros. Algunas risas llegaron hasta los dos amigos.

-Ya te avisé -rezongó Saunder.

«Meteoro» no hizo caso de sus palabras y se irguió desafiador. Su acerada mirada recorrió lentamente la totalidad de los escaños.

El secretario del Consejo consultó en voz baja con el presidente. Después demandó silencio para hacerse oír.

-¡Atención, caballeros! -dijo-. Creo interpretar la opinión de la mayoría al decir que este asunto tiene matices fantásticos de subido tono. No obstante, como está ordenado, será discutido con sólo que haya dos miembros de este Consejo que lo estimen necesario.

Dicho esto guardó silencio, esperando. El silencio era completo. De pronto, rompiéndolo, se escuchó una voz.

-Creo necesario el debate.

Todas las miradas convergieron sobre el personaje que acababa de hablar. Éste se .hallaba en pie y se trataba de un hombre de mediana edad, aunque con el cabello completamente canoso. Había severidad en su porte, siendo su aquilino perfil la nota más característica de su personalidad.

Tracy miró ansiosamente hacia todas partes. Y de pronto se escuchó otra voz, aunque con cierta sorna:

-Soy de la opinión de Blomberg, cuanto menos nos servirá de distracción.

Algunas risas corearon estas palabras

El Sscretario restableció el orden y, abandonando su estrado, vino hasta los dos pilotos.

-No debo ocultar que particularmente no doy la menor importancia a sus temores -el secretario guardo corto silencio, evolucionando ante ellos-. De todos modos voy a interrogarle. ¿Está dispuesto?

-He venido para eso.

-Perfectamente. En primer lugar, ¿quién más que usted vio la hipotética astronave? ¿Su amigo tal vez?

-Nadie más que yo parece haberla visto.

-Comprenderá que en tales circunstancias su declaración carece de fuerza.

-Desde su punto de vista. Pero yo vi algo con mis propios ojos y eso es lo único que mantengo. Soy lo bastante conocido para que nadie se atreva a dudar de mi competencia.

-Ello no prueba nada. Es frecuente el caso de que magníficos pilotos sufran alucinaciones producidas, según las opiniones médicas, por el exceso de vuelos y velocidad.

-Con rutinaria frecuencia me someto a los «tests» a que estamos obligados los pilotos.

-Bien -continuó imperturbable el secretario-. Hemos recibido un informe de nuestro satélite. En él se nos comunica que usted intentó comprobar personalmente la eficacia de nuestra Policía Sideral. ¿Es cierto?

-Lo es.

-Como también que su experiencia estuve a punto de escaldarle.

Las últimas palabras las pronunció el secretario mirando al auditorio que las acogió con grandes risas. Tracy guardó silencio, mientras su rostro adquiría la dureza del granito.

-Por cabeza propia ha comprobado que nadie podría cruzar la zona vigilada por nuestra policía automática -acabó de decir el personaje.

El mando de los «robots» está encomendada a seres humanos -espetó Tracy casi silbando.

El secretario, que ya se retiraba, se volvió rápidamente.

-¿Qué pretende insinuar con eso? -preguntó.

-Que cabe la posibilidad de la traición.

La sugerencia produjo efectos más catastróficos que los que hubiera podido ocasionar una bomba.

-Sus palabras encierran una acusación demasiado grave para que insista en mantenerla -dijo su compañero de diálogo.

-No hago más que apuntar la posibilidad -replicó retadoramente el muchacho.

-Esa posibilidad puede dañar la reputación del Residente de la Luna, que es quien controla a la Policía Sideral. Comprenderá que no debemos considerar sus últimas palabras.

-¿Y por qué no?

Estas palabras, pronunciadas por Blomberg, el hombre cano, produjeron un revuelo que casi inmediatamente cortó el presidente.

-No siga por esa camino, Blomberg -dijo-. De sobra es conocido por todos su antagonismo hacia el actual Residente. En virtud de mis atribuciones, suspendo el debate. En cuanto al piloto Sidney, será sometido a un riguroso examen psíquico.

«Meteoro» estaba completamente anonadado. Cuanto sucedió después fue demasiado rápido. Una hora más tarde, tras haber sido examinado por los médicos, abandonaba el hospital hasta el que había sido llevado.

Caminaba a largas zancadas con la cabeza inclinada y el ceño duramente fruncido. Rezumaba malhumor por todos sus poros. Apenas salió a la calle, divisó a Saunder en compañía del hombre de cabellos completamente blancos.

Saludó con un gruñido.

-Lamento lo sucedido -dijo Blomberg-. Máxime porque creo en usted.

«Meteoro» le miró de un modo extraño. Al fin dijo:

-Me he hecho el propósito de olvidar por completo las astronaves de Venus. No haría caso de ellas aunque las viera invadir la Tierra -sus ojos chispeaban-. Es más; si me apura mucho, seré capaz de negar que Venus exista.

Blomberg sonrió ampliamente y le tomó por el brazo.

-Vengan conmigo; tengo mi helicóptero cerca de aquí.

* * *

-Ernest Rennie es mi enemigo personal -explicaba Blomberg cómodamente sentado en un confortable butaquín anatómico.

»Siempre anhelé ser Residente. No, no vayan a creer que me mueve la envidia. Poseo demasiado dinero. Schultz obró suciamente y logró el cargo. Si creo en sus afirmaciones es porque conozco bien a mi enemigo. Es ambicioso y le creo capaz de cualquier cosa para satisfacer su inagotable ambición. Todos sabemos que hace algún tiempo los hombres de Venus no tenían astronaves con las que amenazar nuestra tranquilidad, pero no hay ningún motivo para asegurar que ahora no las tengan. Debemos tener siempre presente que los venusianos fueron lo suficiente fuertes para evitar que les invadiéramos. No son seres retrógrados como los hombres-bestia de Marte. Creo que nuestros gobernantes, yo siempre lo he temido, no se preocupan de la amenaza que supone Venus. ¿Quién nos asegura no se están preparados para traernos la guerra hasta aquí?»

-Esa es mi opinión -intervino «Meteoro»-. Pero no acierto a comprender qué papel pueda jugar Rennie en todo esto. No creo que tenga ningún interés particular en que los habitantes de Venus nos ataquen.

-De él puedo creer muchas cosas. No me sonrojaré al asegurar que Rennie pueda estar aliado con los venusianos. Es necesario, claro está, que lo que usted ha visto sea cierto.

-Lo es que vi la astronave de Venus.

-Afirmó en su informe que la trayectoria de ella era la de Marte. ¿También está seguro de ello?

«Meteoro» aseveró con un gesto.

-En ese caso le propongo un negocio.

Saunder se incorporó ligeramente. Blomberg lo advirtió y dijo de nuevo:

-Desde luego mi oferta es ventajosa... y arriesgada. Sé que ustedes se dedican al transporte civil. Por lo pronto pago el doble de lo que pudieran ganar normalmente en todo el tiempo que estén a mi servicio. Habrá una fuerte prima si obtienen algún resultado positivo.

-¿De qué se trata? -preguntó Tracy.

-De que vuelvan por mi cuenta a Marte y averigüen la posible existencia de venusianos.

«Meteoro» y «Pelirrojo» se miraron. Con una simple mirada se

dijeron lo poco que necesitaban para comprenderse mutuamente.

-Aceptamos en principio, pero nuestro cohete no está en condiciones de realizar un viaje tan largo. Resulta insuficiente y sumamente anticuado.

-Ese obstáculo deja de serlo desde este mismo momento. Deben saber que en mis fábricas se construyen la mayoría de las espacionaves de combate de la Flota Interplanetaria.

-¿Nos proporcionará una?

-Haré más. Les cedo la «U-327».

-¿La potente unidad en experimentación de que tanto se ha hablado?

-Exactamente. Aunque ya no es experimental. Se ha iniciado su construcción en serie. Con una astronave como esa gozan de total inmunidad, porque si los venusianos son superiores técnicamente, no servirá de nada cuanto hagamos por descubrirles; nos destrozarán. Le doy carta blanca en todo. Partirá cuando usted lo estime oportuno.

* * *

Jamás desplegaron ambos amigos tanta actividad como en aquella ocasión. La recluta para un viaje cuyo destino se ocultaba y en el que se prometían toda clase de emociones y peligros, hubieron de hacerla entre los mercenarios del espacio. Hombres de todos los continentes y razas fueron tentados con magnífica soldada.

A la mayoría de aquellos hombres les seducía mayormente la emoción del peligro que la recompensa. Pronto el «U-327» tuvo una reducida tripulación que suplía con valor la escasez de componentes.

Pese a que el capitán «Meteoro» apresuró los preparativos, no fue posible fijar la fecha del despegue hasta quince días después. La víspera, todo estaba listo. La mayoría de la tripulación habitaba ya en la gigantesca astronave.

Las primeras sombras habían caído sobre la tierra y el crepúsculo declinaba velozmente hacia la oscuridad total.

Tracy y Saunder charlaban en las proximidades de la nave sideral. Saunder estaba reclinado sobre unas cajas de madera de las destinadas al embalaje.

Como ya se había extinguido la luz natural, los potentes focos del aeropuerto iluminaron al cohete, quedando ambos amigos dentro de la zona inundada por la luz.

Hacían comentarios del inminente viaje, aunque la conversación comenzaba a languidecer debido a que cuanto hablaban estaba dicho ya centenares de veces. De súbito sonó un golpe sordo seguido de una fuerte exclamación de Saunder, que dio un salto para incorporarse. Con un gesto señaló una de las cajas, precisamente la que le había servido de respaldo. Un fino estilete de estrecha hoja vibraba aún, clavado en una de las tablas.

«Meteoro» se dejó caer hasta el suelo, indicando a Saunder que hiciera lo propio.

-Procura no hacer demasiado ruido -previno en voz baja-. Quien ha perdido este cuchillo debe permanecer al acecho y no es probable que se haya arriesgado a tanto para tan solo darnos un susto.

Con sigilo adoptó una postura desde la que observar sin ofrecer demasiado blanco. Estaban precisamente en la parte iluminada y presentaban un magnífico blanco si abandonaban la protección de las cajas de embalaje.

Miró tratando de horadar las sombras. Era poco menos que imposible. Fuera de la luz, las sombras más densas impedían distinguir. Tras las cajas en que ellos se guarecían había otras muchas, algunas de ellas diseminadas hasta un pequeño tinglado en el que se guardaban herramientas y máquinas automáticas. Seguramente desde allí había partido el ataque, lo que no era obstáculo para que el frustrado asesino hubiérase acercado unos metros amparándose en las sombras; pero fuera como hubiere sido, lo más probable era que ahora se encontrase en el tinglado.

Desarmados como estaban, era una temeridad exponerse. Deberían confiar en que alguien apareciera por allí y con su presencia pusiera en fuga al o a los atacantes.

En aquel momento se escuchó un ruido procedente de la tejavana, sin duda producido por alguien al tropezar con un objeto metálico.

-¡Cuidado! -siseó «Meteoro»-. Quien sea está dispuesto a rematar su trabajo. Aléjate hacia el otro extremo de las cajas.

Antes de esperar a comprobar si su compañero obedecía la orden, se incorporó precipitadamente avanzando algunos pasos para arrojarse inmediatamente al suelo de nuevo.

Casi inmediatamente brilló un fogonazo y pudo escucharse el estampido semiseco. «Meteoro» percibió perfectamente el paso sobre su cabeza de un proyectil eléctrico; poco después advirtió su olfato, el olor

característico de la madera quemada. El proyectil había pasado rozando las cajas, demostrando la eficacia del desconocido tirador.

Desde un nuevo ángulo le hicieron otro disparo. A pocos centímetros de su rostro la descarga eléctrica carbonizó la arenilla cegándole momentáneamente.

La presencia del nuevo atacante le obligó a ocultarse rápidamente, pues nuevos disparos venían buscándole. Los secos estampidos se multiplicaron con una rapidez que desagradó a Sidney Tracy. A pesar de no ser más de dos los atacantes, hacían tan endiablado fuego que comenzaban a hacer apurada la situación de los sitiados. Los atacantes se habían ido corriendo para lograr un mejor ángulo desde el que abatir sus presas.

En medio del sordo tiroteo pudo escuchar el grito de dolor lanzado por Saunder. Una sorda rabia se adueñó de «Meteoro». Perdido el control de sus nervios comenzó a gritar:

-¡Eh! ¡Los de la astronave, acudan en nuestra ayuda!

Como obedeciendo a un mágico conjuro, un fogonazo brotó de una de las escotillas inferiores de la nave interplanetaria. La rapidez de los disparos obligó a replegarse a los atacantes.

A poco se redobló el fuego de los que acudían en ayuda de los atacados. Los agresores disminuyeron el suyo, haciéndose bien patente que preparaban la huida.

«Meteoro» ardía en deseos de abandonar su escondite para saltar sobre los desconocidos atacantes, pero comprendió que sería un suicidio. No se decidió a salir hasta después de algún tiempo de no oír la réplica de los asaltantes y fue para saltar hasta Saunder que permanecía tendido en el suelo.

-¿Es de gravedad, «Pelirrojo»? -preguntó con la voz ronca.

-Es de esperar que no. Ha sido en el brazo, pero creo que no pasa de ser un rasguño. De todos modos, estas heridas son dolorosas.

Una silueta armada llegó hasta ellos.

-¿Qué ha sucedido, capitán? ¿Están a salvo? -preguntó una voz conocida.

El recién llegado era Tom Álvarez, un sudamericano de recia complexión y normalmente agradable sonrisa, que había ayudado eficazmente a los dos amigos a reclutar la tripulación del «U-327».

-Afortunadamente no ha sucedido nada irreparable. Vamos a ver si

podemos atrapar a los que nos atacaban. No eran más de dos.

Con las precauciones naturales llegaron hasta el cobertizo. Poco tiempo les bastó para convencerse de que estaba desierto. Nadie había en él. Los atacantes debían tener preparada la fuga y no habían dejado el menor rastro.

Volvieron junte a Saunder, al que ya asistían varios miembros de la tripulación.

-Acudieron muy oportunamente en nuestra ayuda -agradeció «Meteoro».

-Fue una verdadera casualidad que me asomara por una escotilla. Desde allí arriba es muy difícil escuchar los estampidos de las armas -respondió Tom Álvarez-. Afortunadamente era de noche y descubrí inmediatamente los fogonazos, y a ustedes tendidos en el suelo. Me complazco en haber llegado a tiempo. ¿No saben quiénes eran?

-No podría jurarlo, pero comienzo a sospechar -respondió Sidney Tracy ambiguamente.

CAPÍTULO IV

La astronave misteriosa

«Meteoro» conocía perfectamente el lugar mas adecuado para posarse sobre la superficie de Marte sin ser divisado por indiscretas miradas.

El «U-327» estaba diseñado con tan ambiciosos propósitos, que le permitía gozar de una envidiable autonomía y permanecer en el vacío durante un tiempo prácticamente interminable. Era nodriza de tres pequeños cohetes autónomos con capacidad de tripulación y vuelo casi igual al de las más pequeñas naves intersiderales.

En uno de ellos se proponía llegar hasta el planeta. Mientras tanto el «U-327» giraría alrededor de Marte hasta recibir la orden de «Meteoro» de romper la inercia. Saunder debería quedar al mando de la astronave en tanto Sidney Tracy, llevando a Tom Álvarez como segundo, con un reducido grupo descendía hasta Marte para realizar las primeras investigaciones.

Ya estaba todo preparado para el «destete»[1] del cohete que habría de transportar al grupo expedicionario, cuando una comunicación de la Tierra llegó hasta el «U-327». Era de Blomberg para el capitán «Meteoro».

La noticia que dio el hombre que había organizado todo aquello era la del rapto del profesor Berger y su hija. Para Tracy era completamente nuevo aquello, pero de todos modos supuso que debía de tratarse de un detalle verdaderamente importante, toda vez que Blomberg recalcó que el hecho había sido ocultado durante algunos días y que no se daba ninguna explicación referente a la anormal desaparición del importante personaje que trabajaba desde hacia años en complicados problemas de biología. Blomberg acabó su mensaje apuntando la posibilidad de que Berger hubiera sido llevado a Marte en la astronave de Venus que él viera durante la avería de su cohete.

«Meteoro» consideró aquel asunto y llegó a la conclusión de que, si en efecto era así, la cosa era mucho más complicada de lo que parecía. Hubo de abandonar sus reflexiones para ocuparse del inmediato viaje a Marte.

El lanzamiento de los expedicionarios fue hecho sin contratiempos. La pequeña nave describió una gigantesca parábola y luego dio la sensación de dirigirse en línea recta hacia la imponente masa del planeta. Dos horas habrían de transcurrir para que entrara en la zona de atracción de éste.

Una hora más tarde, «Meteoro» y sus hombres volaban en horizontal sobre el más dilatado de los mares de Marte. A la tremenda velocidad del

artefacto la configuración del planeta se desfiguraba continuamente, sucediéndose los paisajes en alucinante superposición. Paulatinamente fueron reduciendo su velocidad hasta el vuelo normal. Una extensa zona de dunas arenosas vino tras el mar y, sucediendo a éstas, las altas montañas de nieves perpetuas. Inmediatamente se pudo advertir la vegetación, la exuberante vegetación de Marte. Diez minutos más tarde, los expedicionarios avistaban Nuevo Ecuador, la Estación Experimental terrestre. Cruzaron sobre ella para virar a determinada distancia y elevarse de nuevo para proceder a la toma de tierra. Bajo la experimentada mano de «Meteoro», la astronave se posó en el suelo con una suavidad que pocos pilotos conseguían.

«Meteoro» saltó a tierra en compañía de Tom Álvarez, quedando los otros en la aeronave. La tibia y perfumada brisa de Marte les envolvió con sus enervantes efluvios. Tras los requisitos con las autoridades del aeropuerto, marcharon al centro de la pequeña ciudad de barracones de plástico. Para ello hubieron de dejar atrás las grandiosas instalaciones de los laboratorios y pabellones experimentales. Durante la marcha se acentuó la húmeda caliginosidad. Ambos hombres sudaban copiosamente dentro de sus poco cómodos trajes de vuelo. Varias veces fueron abordados por personas que les saludaban con afecto y preguntaban detalles de la vida en la Tierra, con esa ansiedad propia de las personas residentes en lugares distantes a los de origen. «Meteoro» no desperdició ocasión para averiguar si alguien había advertido la presencia de la astronave de Venus. Como esperaba, todos demostraron el mayor asombro al ser interrogados.

No abandonaron sus pesquisas hasta que el tremendo calor les obligó a buscar el amparo de la sombra. Decidieron penetrar en un Restaurador Automático, en el que se podían obtener alimentos concentrados y «Plag» composición químicoorgánica disuelta en vehículo alcohólico, para combatir la intensa deshidratación del riguroso clima. Las bebidas a base de alcohol, rigurosamente prohibidas por el Consejo Superior, sólo eran toleradas en las zonas tropicales y en Marte.

Ambos amigos permanecieron un rato en aquel lugar tratando de mitigar el calor, sin conseguirlo. Ya se disponían a abandonarlo, cuando penetró en él un personaje que llamó la atención de «Meteoro». Venía balanceándose con los ademanes propios de un ebrio y fue a sentarse junto a otro individuo que permanecía solo.

«Meteoro» no le concedió mayor importancia y se incorporó, disponiéndose a salir; pero las palabras que pronunció el recién llegado le devolvieron a su silla sin saber por qué motivo.

-Invítame de tu «Plag», Mazzone -la voz del borracho era sumamente chillona-. Ya nos queda poco tiempo de beberlo.

«Meteoro» contempló cómo engullía el vaso de un solo trago. Era rubio y de tez bronceadísima. Su obesidad resultaba grotesca.

Después de chascar la lengua volvió a decir:

-No tardaremos en ver cosas grandes, Mazzone. Yo te lo digo. Cosas jamás oídas.

-Siempre estás diciendo lo mismo, Van Deerst. Estoy harto de tus monsergas de vieja estúpida. Siempre lo mismo y nunca sucede nada. Ve a dormir.

«Meteoro» cambió una mirada de inteligencia con Álvarez. Salieron al exterior y, una vez fuera, Sidney dijo:

Ese sujeto habla de un modo extraño. ¿Crees que pueda saber algo?

-No sé. Me parece que resulta demasiado fácil. No es conveniente hacerse demasiadas ilusiones; después de todo no es más que un borracho. Quizá un alucinado. Aquí se dan con mucha frecuencia los casos de locura.

De todos modos voy a intentar hacerle hablar. ¡Cuidado! Ahí viene.

El objeto de la atención del capitán «Meteoro» acababa de aparecer en el exterior. Avanzaba con paso inseguro rezongando algo inaudible. El comandante del «U-327» no perdió el tiempo.

-¿Le molestaría un momento de charla? -le preguntó, colocándose a su lado-. ¿Tiene algo importante que hacer?

El beodo le miró tal como si acabase de surgir del suelo. Luego estereotipó una amplia sonrisa bobalicona en su rostro relleno.

-Tiene usted suerte, porque nadie me tiene contratado -dijo, tropezando al hablar con su propia lengua-. Puedo llevarles a cualquier parte de Marte que deseen. Soy Van Deerst, el mejor explorador. ¿A dónde quieren ir?

-De momento no nos interesa ningún viaje, sino charlar amistosamente. Y podemos hacerlo saboreando el «Plag» que nos ayudará a soportar el calor.

La idea pareció ser del completo agrado del otro. El propio explorador

les guió hasta un nuevo Restaurador. «Meteoro» contempló en silencio el infernal trasegar del gordo, quien daba la impresión de estar completamente reseco en su interior. Al fin decidió entrar de lleno en el asunto que le interesaba.

-Bien, Van Deerst. ¿Le molesta responder a unas preguntas que pueda hacerle? -preguntó.

-Hágalo mientras quede algo de «Plag». Después se apodera de mí la modorra y soy incapaz de hablar. Dispare, ¿qué es lo que quiere saber?

-Ante todo, debo decirle que le escuché hace poco en el otro Restaurador. Me intrigaron sus palabras. Si mal no recuerdo, dijo usted que pronto habría acontecimientos. ¿Qué quería decir con ello? ¡Eh!... pero...

Sidney se abalanzó sobre Van Deerst que había caído de bruces sobre la mesa, derribando los botellines que en ella había. Le zarandeó con brusquedad.

-¡Van Deerst, necesito que me diga si en sus correrías ha visto alguna astronave extraña! ¡Van Deerst! ¡Despierte...!

-Todo es inútil, «Meteoro» -intervino Álvarez-. Este hombre está completamente borracho. El sudor de su cuerpo es alcohol puro.

-Es preciso que hable. No sé por qué, pero me inclino a creer que sabe algo. No quisiera perder la pista de este hombre.

El intendente del Restaurador vino hasta el grupo.

-¡Vaya! Ya tenemos a Van Deerst borracho como una cuba. Lo que no han podido los peligros de este maldito planeta, lo logrará el «Plag».

Sidney Tracy se dirigió a él.

-Oiga. Necesito hablar con este hombre cuando esté sereno.

-Eso es difícil, tratándose de Van Deerst. Pero si de verdad está interesado en hablar con él, puede venir de vez en cuando. Es posible que en alguna ocasión le halle en las condiciones que desea. Hoy me parece difícil.

-Es necesario que hable con él. Temo que pueda desaparecer.

-Eso quisiéramos -respondió el tabernero-. Van Deerst es más pegajoso que los insectos de aquí. Sólo cabría tal posibilidad si llegara alguna expedición de la Tierra, pero creo que son ustedes los únicos que han llegado desde hace algún tiempo.

-Muchas gracias.

A una seña de «Meteoro», Tom Álvarez, salió tras él.

Durante todo el día estuvieron surcando la atmósfera de Marte en busca de la posible presencia de los venusianos. Fue una jornada agotadora que no dio ningún fruto. Pero ello no desanimó a «Meteoro». Aún no había comenzado el terrible trabajo de cribar el enorme planeta; pese a ello, el joven aventurero fiaba más de lo que pudiera decirle Van Deerst, que de las continuas búsquedas. A medida que transcurría el tiempo se afianzaba más en la idea de que el empedernido borracho sabía algo del asunto que les ocupaba. Por ello, apenas amaneció el día siguiente se dirigió hacia el centro de la ciudad. Iba solo.

Creyó encontrar pronto a Van Deerst, pero con gran desencanto por su parte, advirtió que no era así. En ninguno de los Restauradores de los que era habitual le habían visto aquella mañana. No obstante le indicaron que aún era muy temprano. Era posible que tardara un poco. De todos modos le garantizaron que Van Deerst aparecería por allí, si es que se hallaba en la ciudad.

«Meteoro» aguardó durante dos horas más, dando lugar a que Tom Álvarez se reuniese con él. Juntos, y más tarde por separado, se dedicaron a la afanosa búsqueda de Van Deerst. Llegaron, incluso, a ofrecer una recompensa a quien diera noticias del posible paradero del explorador. Todo fue inútil. Bien mediada la tarde debieron comprender que el hombre a quien buscaban habla abandonado la Ciudad Experimental.

Sidney se daba a todos los demonios, maldiciéndose por haber perdido tan magnífica oportunidad de dar a aquel asunto un sesgo favorable. Perdida la pista de Van Deerst, se imponía la necesidad de seguir buscando pacientemente. Sería más fácil la posible localización de una astronave que la de un ser humano.

-La desaparición misteriosa de ese hombre confirma mis sospechas -comentó «Meteoro»-. Es más, creo que el individuo sabe más de lo normal.

-Puede haberle sucedido algo -apuntó Álvarez.

-Cabe la posibilidad, pero me inclino a pensar que su desaparición está estrechamente relacionada con la misteriosa aeronave de Venus. Espero que el tiempo se encargue de demostrar que mis suposiciones son acertadas.

Los vuelos se sucedieron monótonos, agotadores. Aquella dura labor tenía todos los inconvenientes de buscar una aguja en un pajar.

Doce días habían transcurrido desde que llegaron a Marte. A la sazón

surcaban el aire volando sobre una exuberante selva. Lo tupido de la vegetación hacía imposible ver su interior.

-Así resulta imposible conseguir nada positivo -decía Tom Álvarez-. Bajo esa maraña podría esconderse todo un ejército. Se haría preciso batear palmo a palmo todo el planeta.

-No se nos puede pedir milagros -repuso «Meteoro»-. Estamos haciendo todo lo humanamente posible para hallar algo, y yo soy el más interesado.

Siguieron volando, atentos a cuanto había bajo ellos. A lo lejos apareció el mar. Tracy consultó las cartas de la navegación.

-Es el mar Clive -dijo «Meteoro»-. Estos parajes son prácticamente desconocidos, o, cuanto menos, poco frecuentados...

Hubo de detenerse en sus palabras, pues el operador del radar lanzó el grito de alarma.

-¡Objeto desconocido a estribor!

A «Meteoro» le bastó alzar la vista para localizar el motivo de la alarma y comprender que la excitación del operador estaba justificada. ¡Tan próxima a ellos estaba la astronave de Venus!

En los ojos del joven capitán brilló la excitación. Ahora nadie se atrevería a dudar. Allí estaba el objeto de su misión.

Tom Álvarez, que se había acercado precipitadamente, exclamó:

-Esto es lo que yo cree que debe llamarse suerte. Nos ha ahorrado varios meses, quizá muchos.

-No es tanta la suerte -replicó «Meteoro»-. Y lo será menos si no logramos ponernos fuera de su alcance.

-¿Cree que se atreverán a hacernos frente? -preguntó Álvarez con perplejidad.

-Creo que nos han salido al paso. Hubiera sido preferible que les hubiésemos descubierto a distancia... ¡Cuidado!

La advertencia era innecesaria, ya que era él quien gobernaba la nave. Con un violento viraje, que lanzó por el piso de la aeronave a casi la totalidad de la tripulación, escapó a la peligrosa trayectoria de un surco de intensa luminosidad que amenazadoramente avanzaba hacia la nave terrestre. Antes de que cesase la maniobra de Tracy se supo de los efectos del disparo de los venusianos. Un horrísono estallido llegó hasta ellos, para segundos más tarde

experimentar de lleno los efectos de la terrible onda expansiva que hizo cabecear peligrosamente al cohete de «Meteoro». Éste enderezó el morro de su nave hacia el cielo, intentando con ello ganar tiempo y buscar la posición más favorable, aunque de antemano sabía que el pequeño y maniobrero «cachorro» del «U-327» no podría hacer frente al vehículo de Venus con garantías de éxito. Sólo en la velocidad y rapidez de maniobra podía intentar anular la desventaja.

Pero hubo de convencerse de que estaba completamente equivocado. Contempló con rabia a la deslucida esfera de Venus que, merced a su diseño esférico, prácticamente carecía de dificultad de maniobra y que ascendía rápidamente hacia ellos.

Completamente convencido de que no serviría de nada forzó el terrestre otro viraje. Como réplica, la esfera venusiana frenó su marcha casi en seco y, como si se tratara de una vulgar pelota de goma, semejó dar un rebote, llevando, cuando nuevamente se puso en marcha, la misma y nueva dirección que el cohete de «Meteoro» había tomado. Con la ventaja de que la rapidez de los de Venus, su astronave había ganado peligrosa ventaja.

-¡Es inútil cuanto intentemos! -gritaba «Meteoro»-. Están jugando con nosotros. Si esto fuera el «U-327», otra cosa sería. No quedaría de esa maldita esfera ni un maldito tornillo -con una desesperada maniobra evitó otro disparo de los venusianos-. Esto durará poco, Álvarez. ¡Todos los hombres a los salvavidas...!

Una terrible conmoción les derribó por el suelo. Casi inmediatamente el cohete se vio sacudido por una terrible explosión.

Álvarez fue el primero en ponerse en pie.

-¡Nos han alcanzado! -gritó.

Efectivamente, la aeronave terrestre había encajado de lleno el segundo disparo del enemigo, pese a su parachoques electromagnético. Esto hubiera resultado casi imposible si el combate se hubiera desarrollado en el vacío, pero en plena atmósfera la defensa electromagnética no había sido suficiente para resistir la terrible onda expansiva de la primera explosión, quedando destruida. Por ello, el segundo disparo había dado de lleno en el objetivo.

El cohete terrestre continuó ascendiendo, pero ya sin control. Pronto dejaría de ascender para precipitarse progresivamente a mayor velocidad

contra la corteza de Marte.

En su interior, «Meteoro» se había recobrado ya y corría hacia los salvavidas, mientras Tom Álvarez lo hacia en dirección a las cabinas de los maquinistas y el operador de radar y radiotelefonía.

Los salvavidas no eran otra cosa que unos globos de material plástico elástico en cuyo interior, dentro de otro globo de menor volumen, se acomodaban los tripulantes que debían abandonar el vehículo. En cada globo podían acomodarse dos personas. Un disparador automático los lanzaba cuando el cohete había alcanzado el límite de proximidad con el suelo necesario para que la caída no fuera peligrosa. Un diminuto paracaídas ayudaba a descender al globo si el descenso se verificaba en un planeta con atmósfera.

Había conectado. «Meteoro», el disparador automático cuando apareció Álvarez.

-¡Vamos nosotros! Ninguno de los otros podrá acompañarnos.

Sin que mediara ni una palabra más, los dos hombres se introdujeron por el corto pasillo que conducía al interior del globo. Una portilla igualmente de plástico fue cerrada desde dentro y los hombres se colocaron precipitadamente en sus puestos, forzando sus posturas para evitar la violencia del lanzamiento y caída. Asidos fuertemente a las argollas fijas que servían para apoyarse, esperaron.

Todo podía suceder en el último segundo. Quizá un nuevo disparo les alcanzara antes de llegar a la altura establecida para el lanzamiento. Igualmente podía suceder que se declarara fuego a bordo, o bien que estallara el motor atómico.

Aunque no fueron más que segundos, se les antojaron siglos. El cohete comenzaba a cobrar una endiablada velocidad; la vertiginosidad de la caída se hacía bien patente en el interior del globo.

Y de repente el brusco quebrantamiento de la inercia y el sensible cambio de velocidad. Cincuenta metros distaban del suelo en el momento del lanzamiento. Dos minutos invirtieron en el descenso que careció por completo de violencia, pues el globo rebotó blandamente. Apenas quedó en reposo, «Meteoro» se lanzó hacia el portillo, saliendo al exterior.

Tom Álvarez no tardó en imitarle. Cuando llegó a su lado, Tracy observaba atentamente el cielo, vigilando la marcha de la deslucida esfera

venusiana.

Una imprecación se escapó de sus labios.

-¡Malditos! No dejan nada al azar. Había esperado descubrir en qué dirección se alejaban, pero ellos lo han previsto y lo evitan.

Efectivamente, la esfera no había tomado ninguna dirección determinada. En su lugar ascendía verticalmente y tardó muy poco tiempo en desaparecer del alcance visual de los terrestres.

-Estamos igual que antes, pero con la pérdida de la vida de los nuestros. Esta cuenta la saldaremos algún día. Por lo menos ahora ya hay alguien que puede afirmar que lo de la nave de Venus no es ninguna alucinación mía.

Tom Álvarez se había dejado caer sobre una piedra.

-¿De qué nos va a servir esa certeza, si estamos en plena selva a miles de millas del único punto civilizado de este planeta? Lo más probable es que no salgamos de aquí.

-No, si nos estamos aquí esperando a que vengan a socorrernos. Yo jamás me rindo sin lucha. Puedo garantizarte que es un magnífico sistema. Nunca me he rendido.

-Está bien; no quiero que me crea un cobarde. Diga lo que debemos hacer.

-Caben algunas posibilidades. Una de ellas pudiera ser que se hubiera salvado alguna radio de nuestro cohete. Otra, que la base de venusianos que buscamos esté muy cerca de nosotros. Me hace pensar así, el hecho de que la astronave que nos ha derribado pusiera tanto empeño en despistarnos.

-Me resisto a creer que los venusianos supieran siquiera que esos globos que se desprendían del cohete fuesen los salvavidas.

-De todos modos, su precaución me hace sospechar que su base está por esta zona. El tiempo lo dirá. Ahora es preciso llegar hasta nuestro cohete. Aquella débil columna de humo delata su presencia.

La caminata a través de la lujuriante selva marciana duró más de dos horas. Afortunadamente no tropezaron ninguno de los numerosos peligros de los que está lleno Marte.

Apenas vieron los restos del cachorro del «U-327», comprendieron que el esfuerzo realizado había sido vano. El cohete no era otra cosa que un informe montón de chatarra retorcida y humeante. Los motores de propulsión

habían estallado en el momento del choque. «Meteoro» se introdujo en el interior, pero no pudo hallar nada que les fuera útil. Únicamente pudo encontrar una pistola eléctrica. Por sí solo el hallazgo era lo suficientemente halagüeño para levantar su decaída moral.

Abandonaron el lugar del siniestro, alejándose instintivamente hacia el lugar en que estaba emplazada Nueva Ecuador. El rápido crepúsculo, les sorprendió en plena marcha. Improvisaron la cena con frutos de los árboles y se encaramaron a un árbol para pasar la noche, teniendo buen cuidado de evitar los terribles árboles carnívoros cuyas ramas atrapaban a cualquier ser viviente que se les aproximaba, siendo imposible para un humano desprenderse de la mortal presa.

Durante toda la noche se turnaron para hacer guardia.

Dos días anduvieron de este modo, perdiéndose numerosas veces y dando enormes rodeos que les llevaban al mismo lugar del que habían partido tan sólo horas antes.

Numerosas veces fueron atacados por feroces bestias que fueron abatidas por la eficaz pistola eléctrica. El terrible calor húmedo de la selva y sus miríadas de insectos comenzaron a hacer estragos en los dos terrestres. Frecuentemente se veían acometidos por accesos de fiebre.

El descubrimiento lo efectuó Tom Álvarez casualmente cuando se habían detenido en un claro para descansar.

Se había separado unos metros de «Meteoro» y a poco regresó corriendo y gritando desaforadamente. Su misma excitación hacía que las palabras no fueran fácilmente comprensibles. Pero a la segunda vez que las repitió, Sidney dio un salto.

-¡Hay una aeronave! ¡Hay una aeronave!

-¿Dónde? -preguntó «Meteoro», contagiándose de su excitación-. ¿Dónde la has visto?

-Aquí al lado mismo. Tras esos árboles hay un claro muy amplio. En el centro está la aeronave. Es terrestre.

¿Hay alguien junto a ella?

-No puedo saberlo. No he visto a nadie.

Avanzaron con cautela hasta llegar hasta la aeronave. No había nadie en los alrededores. Tampoco resultó haber nadie en su interior. Lo primero que echaron a ver fue una botella de «Plag». Bebieron su contenido con

verdadera ansiedad de locos. El licor les hizo reaccionar de un modo optimista.

-Cuando quieras podemos salir de este infierno, «Meteoro».

-Vamos a tardar muy poco. El tiempo que necesite en confrontar el salpicadero y el estado del combustible. Me pregunto de quién podrá ser esta nave.

-Quizá fuera conveniente esperar a sus propietarios. No podemos dejarlos en medio de la selva.

-No habrá más remedio. Está de por medio la seguridad de nuestro planeta. No obstante les dejaremos armas para que puedan defenderse y una nota para que esperen aquí. Antes de dos días estaremos de regreso. Vamos. Cierra la puerta; yo voy a subir a la cabina de mando.

Tom Álvarez iba a cumplir la orden cuando se escuchó un sonoro rugido. Al sudamericano le pareció escuchar también un grito humano. Corrió hacia la compuerta. Desde ella contempló una escena que le impresionó.

Un hombre armado con un machete corría desesperadamente delante de una fiera. Pese a estar armado, no pretendía hacer frente al poderoso felino de dos colas y espeluznantes mandíbulas armadas de una doble fila de afilados dientes como los de una sierra mecánica. Era un tigre marciano.

-¡«Meteoro»! ¡«Meteoro»! Ven corriendo. Es algo inaudito. ¡Van Deerst es acosado por un tigre!

En sólo dos zancadas llegó Sidney hasta su compañero. Sin cambiar una sola impresión saltó hasta el suelo. Cuando se incorporó, su mano diestra empuñaba la pistola eléctrica.

Echó a correr en dirección al hombre y la fiera. En aquel momento el tigre se había abalanzado sobre el explorador, derribándole sobre la hierba. El largo machete se escapó de las manos de la victima que, con el vigor que da la desesperación, consiguió rechazar a la bestia y dar un elástico salto. El tigre comenzó a avanzar hacia él. El hombre empavorecido le miraba fijamente con los ojos terriblemente abiertos por el horroroso miedo que le acometía. Al mismo ritmo que avanzaba la fiera iba cediendo terreno, caminando hacia atrás.

De pronto lanzó un terrorífico grito. Las ramas de un árbol carnívoro le habían apresado.

El grito coincidió con la caída de «Meteoro». Una raíz oculta se

enredó entre sus pies y cayó de bruces sobre la hierba. De resultas de ello perdió la pistola. Por aquel lado eran muy altas las hierbas y matojos. Nerviosamente buscó el arma, sin encontrarla. El brillo del machete que perdiera Van Deerst decidió a Sidney. Sin perder un segundo echó a correr de nuevo.

El tigre no se atrevía a atacar. Parecía absorto contemplando aquel extraño cuadro que ofrecía la lucha del hombre y el vegetal. Pero apenas adivinó la presencia del nuevo enemigo se revolvió rugiendo. Sus terribles dientes brillaron siniestramente. Fue tan rápido su salto que «Meteoro» no se apercibió de él hasta que lo tuvo sobre sí.

Hombre y fiera rodaron por el suelo. El machete se hundió en la carne de esta última, sin llegar a interesar ningún órgano vital. La bestia lanzó un rugido de dolor y se replegó. «Meteoro» trató de incorporarse para aprovechar la ventaja, pero en aquel mismo instante recibió el doblemente doloroso golpe de las colas de la fiera. El joven llegó a creer que le sería imposible reponerse. Afortunadamente, la herida que infiriera al animal había tenido la eficacia de restarle agilidad. Aun así, fue solamente un milagro el que Sidney pudiera escapar a la mortal dentellada de su enemigo.

Sintió junto a su rostro la respiración jadeante de la fiera y el aliento fétido de su condición carnívora. Asió frenéticamente con ambas manos el cuello de ella y apretó con todas sus fuerzas. A pesar de que el tigre de Marte no posee zarpas, los golpes de sus patas superan a los del canguro australiano. Tenía el cuerpo magullado por ellos y presentía cada vez más próximas las fauces de la fiera.

Reuniendo sus últimas energías apartó de sí la enorme cabezota y acentuó la presión de sus dedos. Entonces sonó el estampido seco de un disparo. «Meteoro» adivinó el rápido estertor que recorrió el cuerpo del animal antes de quedar lacio entre sus manos. Tom Álvarez había recuperado la perdida pistola e intervenido oportunamente.

Los gritos de Van Deerst habían aumentado en intensidad y dirigía hacia los dos amigos la angustiosa mirada de sus ojos desorbitados. Fue «Meteoro» quien, empuñando el largo machete, arremetió contra el árbol. Las ramas que aprisionaban al explorador fueron mutiladas por los vigorosos golpes del joven y al fin Van Deerst cayó desvanecido sobre la hierba.

Los dos hombres le transportaron hasta la espacionave.

CAPÍTULO V

Oculta amenaza

La turbia mirada de Van Deerst fue sucesivamente del capitán «Meteoro» a Tom Álvarez. Después de abrir y cerrar los ojos repetidamente, pronunció en voz muy baja estas palabras:

-Me sorprende encontrarles aquí. Me ha salvado la vida y lo agradezco profundamente.

Hubo un silencio. «Meteoro» se acomodó junto al explorador y extrayendo de uno de sus bolsillos una pastilla de tabaco se puso a mascar pausadamente. Van Deerst le miró varias veces, pero evitó su mirada.

-¿Qué hace por aquí, Van Deerst? -preguntó de pronto Sidney.

El otro tuvo un ligero sobresalto.

-Vine a recoger algunas semillas que se cotizan bien en el mercado de la farmacopea. Semillas de la flor llamada «Rosa de Marte» exactamente. Regresaba a mi aeronave cuando me vi sorprendido por el puma. Intenté llegar hasta aquí... El resto ya lo saben ustedes.

-Una deliciosa fantasía que no estoy dispuesto a creer.

-Deberá creerme, pues es lo cierto -replicó Van Deerst con calor.

-Invente otra cosa. Eso no me sirve.

-No le queda más remedio. No hay otra versión.

-¿Y dónde están sus preciosas semillas?

-Debe usted ser idiota. Comprenderá que las perdí cuando me atacó el puma. De todos modos, no eran esas las únicas que he recogido. Hay más aquí en la aeronave

-No me crea tan idiota. No niego que pueda haber semillas aquí ni que las haya recogido. Eso no es más que un pretexto para justificar en Nuevo Ecuador su imprevisto viaje. Yo le diré qué hacía en realidad. Vino a avisar a sus amigos de Venus de nuestra presencia. No estaba tan borracho como aparentaba aquella tarde. La prueba de ello es que sus amigos han derribado mi cohete y en la acción he perdido a cuatro de mis hombres.

-No sé de qué me habla.

La actitud adoptada por Van Deerst era de franca reserva. Se advertía igualmente que no estaba dispuesto a continuar.

Las siguientes preguntas de «Meteoro» quedaron sin respuesta. El joven no dio ninguna muestra de desaliento. Tranquilamente conectó el radar

y encendió la pantalla de televisión, que en un continuo movimiento rotor permitía ver desde el interior cuanto sucedía en derredor de la astronave. Acto seguido tomó asiento junto a ella, introdujo una pastilla de alimento concentrado en la boca y comenzó a mascar rítmicamente sin dejar de mirar ni un solo momento a Van Deerst.

El explorador resistió su mirada durante algunos segundos, pero no tardó en desviar sus ojos. El silencio profundo del interior sólo se veía alterado por el sordo ritmo monocorde del radar. Van Deerst se movió inquieto y cambió de postura varias veces. «Meteoro» proseguía masticando su tabaco.

Al fin el explorador se incorporó penosamente. Su rostro relleno estaba totalmente congestionado e inyectado en sangre.

-¡Deje ya de mirarme de ese modo! ¡Hable! ¡Diga algo!

«Meteoro» pareció no escuchar el desgarrado grito. Permaneció impasible. Van Deerst parecía a punto de estallar.

-¡No estén ahí parados sin decir nada! -volvió a gritar-. ¡No soy ninguna alimaña! ¡Diga lo que sea, pero abandone esa actitud!

-Está bien -respondió Sidney-. Diga donde están sus amigos de Venus y qué han hecho del profesor Berger y su hija.

Esto último lo lanzó «Meteoro» a modo do palo ciego. El gesto de Van Deerst dio a entender al muchacho que había acertado. El otro tardó en responder.

-No sé de quién me habla -la inflexión de su voz carecía de convicción-. Es absurda su obstinación.

«Meteoro» llegó en un salto hasta él. Lo prendió con ambas manos, zarandeándolo furiosamente.

-¡Es usted un sapo repugnante, Van Deerst! Merecía que le hubiese dejado morir en los colmillos del tigre. ¿Qué beneficio le va a reportar la traición que comete con los hombres de su planeta? ¿Acaso su amigo el Residente de Moon le ha prometido un importante cargo cuando los de Venus invadan la Tierra, ayudados por sus trabajos de usted y cuantos laboran en beneficio de la monstruosa ambición del Residente? Sería necesario estar completamente loco para creer que los venusianos van a respetar a nadie si algún día llegan a vencernos. Quisiera hacerle comprender que todos ustedes serían igualmente víctimas de esos malditos seres con aspecto de pulpos. Yo

he estado varias veces en Venus. Puedo jactarme de ser uno de los pocos pilotos que han logrado posarse en aquel planeta y regresar. Créame, llegado el caso, nos exterminarían sin compasión o nos reducirían a esclavos. Aún está a punto de tratar de evitar su propia desgracia y la posible de todo un planeta. Decídase.

Cuando «Meteoro» cesó de hablar, la sangre había desaparecido del rostro de Van Deerst. Estaba totalmente pálido, pero no parecía dispuesto a hablar.

Ante el mutismo del explorador, Sidney Tracy se volvió hacia Tom Álvarez.

-Establece la comunicación con el «U-327», Tom -díjole-. Avisa a Saunder que hemos localizado la zona en la que se hallan los hombres de Venus. Que envíe a los otros dos cohetes. Naturalmente, con todo el equipo y armamento.

Mediado el día siguiente llegaron los dos «cachorros» del «U-327». Hubieron de arribar hasta aquel lugar en vuelo rasante para evitar ser localizados por los de Venus. Los recién llegados anunciaron que no habían tenido ningún contratiempo.

Van Deerst fue cuidadosamente curado por el médico que vino con los expedicionarios. «Meteoro» preparó su plan. Bajo su dirección se camuflaron las tres aeronaves, estando cada una de ellas relativamente alejadas de las otras.

Desde el primer momento anunció a sus hombres que no habrían de realizar ningún vuelo, toda vez que las esferas venusinas llevaban toda la ventaja en el combate. Todo el armamento de los cohetes del «U-327» fue dispuesto para repeler cualquier ataque que pudiera realizarse desde el aire. La más rigurosa vigilancia fue establecida.

Aun cuando Meteoro estaba plenamente convencido de que los ocultos enemigos habrían de venir en su busca, ya que debían saber de la presencia de los terrestres derribados en el combate aéreo, no por ello permaneció inactivo.

Dos patrullas, de seis hombres cada una de ellas, se organizaron para, a modo de descubierta, forzar la posibilidad de ser ellos quienes descubrieran al enemigo.

Aquel paraje selvático distaba escasamente dos kilómetros del mar de

Clive. Periódicamente las dos patrullas de los terrestres, mandadas respectivamente por Sidney Tracy y Tom Álvarez, recorrían sus orillas en busca de rastros.

El motivo de que el capitán «Meteoro» buscase junto al mar de Clive se debía al conocimiento que tenía de las costumbres de los venusianos, de los que se sabía que se agrupaban siempre junto a los mares, ya que de ellos obtenían la mayoría de los recursos.

El agobiante calor de aquella latitud hacía la marcha lenta y pesada. Los cinco terrestres descansaban bajo la húmeda sombra de unos extraños árboles de exótico colorido verde azulado. Todos ellos llevaban el torso descubierto y a su lado veíanse las armas.

De los cinco, uno mantenía atada a la muñeca un pequeño aparato emisor-receptor del que partía un hilo a cuyo extremo iba un pequeño botón blanco que el hombre tenía introducido en el pabellón del oído. Por su actitud podía asegurarse que estaba pendiente de alguna llamada.

Varios metros más alejado del grupo y armado con un potente anteojo podía verse la gallarda silueta de Sidney Tracy. Como sus hombres, llevaba desnuda la espalda y el abundante sudor que transpiraban todos sus poros contribuía a dar más relieve a sus ya de por sí poderosos músculos.

Desde una leve duna de la estrecha playa de gruesas arenas contemplaba incansable hasta allí donde daba fin el alcance de su vista.

Del grupo que estaba a la sombra llegó un grito, llamándole. La escasa gravedad de Marte le hizo llegar casi inmediatamente junto a sus compañeros.

-Es una comunicación de la patrulla número 2 -explicó el del aparato de radio-. Parece ser que han descubierto algo que creen pueda tener importancia.

A través del receptor llegó hasta «Meteoro» la voz excitada de Tom Álvarez.

-Atención, «Meteoro». Creo haber hallado algo que pueda tener interés. Estimo que debes venir hasta aquí.

-Inmediatamente me pongo en marcha. Poneos a resguardo mientras tanto.

La patrulla se puso en marcha hacia el punto de partida. Mucho antes de llegar hasta él fueron recogidos por el helicóptero que permanecía siempre

en el punto inicial de marcha desde el que se separaban ambas patrullas. La escasa capacidad del vehículo hizo que sólo «Meteoro» y dos más fueran transportados, quedando el resto para un segundo viaje.

Casi una hora invirtieron en el vuelo.

El lugar en que se hallaba la segunda patrulla era la desembocadura de un río. Desde el aire no pudieron divisar a nadie, pero poco después, cuando el helicóptero se posaba en el suelo, vieron venir hacia ellos a sus amigos.

La excitación de Tom Álvarez por comunicar su descubrimiento a Sidney era tanta como la de éste por escucharle.

El mestizo estuvo hablando durante algún tiempo sin que «Meteoro» pudiera comprender ninguna palabra a causa del ruido del helicóptero. Cuando se hubo alejado pudieron hablar sosegadamente.

-¿Has hallado la base de los venusianos?

-No estoy completamente seguro, pero he observado algo que me hace sospechar que sí...

-¿Qué es ello? -apremió Sidney.

-Verás. Si observas las márgenes del río podrás verlas materialmente cubiertas por esas extrañas aves. Hay miles de ellas formando una compacta masa que se prolonga varios centenares de metros por ambas orillas del mar.

En efecto; como Tom Álvarez decía, había miles de aquellos extraños pájaros mezcla de albatros y gaviotas que, como los flamencos, se mantenían sobre una sola pata, con la particularidad de que éstos lo hacían necesariamente, ya que sólo una extremidad poseían.

-No puedo comprender aún. Veo esas aves, pero nada más.

Tom Álvarez adoptó un aire enfático.

-Ahora viene la parte interesante. Cuando llegamos aquí, la mayoría de esos pájaros alzaron el vuelo asustados por nuestra presencia. Lógicamente no debería haber sido así, pues estas regiones aún no han sido frecuentadas por el hombre. Esto fue lo que primeramente me llamó la atención, pero no le di mayor importancia hasta que descubrí el detalle que me movió a hacerte venir. Y fue que cuando las aves volvieron a posarse junto a las márgenes pude observar que en cierto punto de la desembocadura quedaba un pasillo, un espacio de terreno en el que esos pájaros no se detenían. Los espanté varias veces y cuantas lo hice obtuve el mismo resultado; en aquel trozo no se posaba ninguno. Me aproximé al lugar y después de comparar el terreno con

el que le circundaba creía advertir en él ciertas huellas que, de ser ciertas, alguien ha tratado de borrarlas. Ven, quiero que las veas.

Ambos jóvenes avanzaron hacia la desembocadura, que distaba no más de cincuenta metros. Apenas llegaron junto a las aves, éstas levantaron el vuelo. Juntos examinaron el pasillo de grosísima arena, en la que era difícil apreciar si alguien había pasado por allí y después había tratado de ocultar las huellas de su paso. No obstante, comparando el terreno con el resto podía advertirse cierta anomalía.

Se retiraron de nuevo hacia el lugar en que quedaron el resto de los hombres. «Meteoro» no parecía muy convencido. Más bien semejaba estar desalentado.

-Supongamos que, en efecto, alguien haya pasado por ahí. Ello no nos dice nada. Cualquiera puede haberse acercado al río.

-Quizá no me haya explicado bien -dijo Tom Álvarez-. He querido decir que por ahí pasa alguien con cierta frecuencia. Por otra parte, hemos examinado la margen opuesta y comprobado que no existe ningún otro pasillo.

-¿Qué pretendes decir con eso, Tom?

-Ya debes haberlo adivinado. Basándome en lo que te he oído decir de los venusianos, he llegado a la conclusión de que éstos tienen su base en...

-En el fondo del mar.

-Exactamente. El mar, al menos aquí, es bastante profundo y no sería aventurado suponer que los de Venus hayan establecido allí su base.

-Posibilidad la hay. No puede negarse; pero resulta algo fantástico. No se puede construir una ciudad bajo el mar así como así. Me resulta increíble que nadie haya advertido los preparativos, aunque bien mirado, el planeta está prácticamente deshabitado. Sería conveniente intentar cerciorarnos. ¿Disponemos aquí de algún equipo de inmersión?

-Ninguno. No se previo esta contingencia.

En ese caso deberemos esperar hasta mañana. Aquí deberá quedar una vigilancia espe...

En aquel momento sucedió algo que les puso a todos en guardia. Inexplicablemente se habían alborotado las aves, alzando el vuelo entre graznidos.

Los terrestres se pusieron en guardia. Unos a otros se miraron para

averiguar si alguno de ellos fallaba y había sido la causa de la desbandada de las aves. Ninguno faltaba, a no ser los que el helicóptero debía recoger. Por otro lado, no podía ser éste quien las hubiera espantado, puesto que no se escuchaba el rugido peculiar de sus pequeñas turbinas atómicas. La causa era otra y tenía su origen en el mar.

Todas las miradas estaban pendientes de los acontecimientos, pero por más que esforzaban la vista no lograban advertir la causa del espanto de los volátiles, hasta que alguien dio un grito.

-¡Allí!

Todos los ojos siguieron la dirección que el descubridor señalaba. Un objeto desconocido flotaba sobre las aguas. No se podía discernir su contextura, pero por lo que podía verse se trataba de un cuerpo metálico del mismo color que las esferas de Venus y fusiforme. Semejaba un enorme cigarro de unos siete metros de longitud.

Permanecía quieto sobre las aguas sin verificar ningún movimiento. La curiosidad se apoderó de los terrestres. Con toda clase de precauciones fueron acercándose hacia el lugar frente al cual se balanceaba el artefacto. Las armas estaban prestas.

Llegaron hasta el borde de la espesura sin que el objeto desconocido hubiera hecho otra cosa que balancearse pacíficamente. Aguardaron los terrestres algún tiempo más, pero nada vino a alterar la calma.

-¿Qué crees que es conveniente hacer?

Tom Álvarez había susurrado la pregunta a Sidney Tracy, que observaba el objeto con los prismáticos.

No puedo responder de momento. Ya no queda ninguna duda de que la base de los de Venus está bajo estas aguas. Ese artefacto tiene todas las apariencias de ser un vehículo con el que emergen a la superficie. Obsérvalo tú mismo. Pero lo que no acabo de comprender es su extraña e incomprensible inmovilidad. No creo posible que hayan descubierto nuestra presencia, porque se habrían dado a la fuga o nos hubieran atacado. Esperemos algún tiempo más y si no sucede nada trataremos de llegar hasta ese objeto.

Transcurrieron cinco minutos más sin une sucediera nada.

-Creo que ha llegado el momento -dijo «Meteoro»-. Puede tratarse de una encerrona, pero debemos correr el riesgo si queremos enterarnos de algo. Desde aquí no averiguaremos nada. Voy a ir hasta él. Ordena a los hombres

que me cubran por si sucede algo.

-Deja que sea yo quien...

-Basta, Tom. Obedece mis órdenes.

Sin darle tiempo a la respuesta abandonó la maleza y corrió por la playa arenosa hasta llegar a una duna tras la que se dejó caer. Las aves, que espantadas por la aparición del artefacto volvían a posarse, tornaron a alzar el vuelo ante la presencia del joven.

«Meteoro» decidióse a intentar la parte más difícil. Sin vacilar corrió hasta la orilla y se introdujo en el agua. Casi inmediatamente perdió pie y hubo de nadar para no irse al fondo. Nadó pausadamente sin perder de vista el objeto surgido de las entrañas del mar y que continuaba balanceándose mansamente.

A corta distancia se sumergió para llegar hasta él por debajo de la superficie. Era igualmente fusiforme por la parte sumergida. Se asió a ella y se dispuso a sacar la cabeza; la respiración comenzaba a agotársele.

Respiró con fruición y se dispuso a repeler cualquier ataque. Nada sucedió, sin embargo. A horcajadas sobre el torpedo descubrió una pequeña compuerta y un tragaluz semejante a un ojo de buey. Escrutó el interior y pudo descubrir un objeto que quiso identificar con un cuerpo humano. La persona, si lo era, debía estar desvanecida.

El capitán «Meteoro» hizo señas a los de la playa indicándoles que podían aproximarse. Pudo ver a Tom Álvarez y otro hombre que se arrojaban al mar y nadaban hacia él.

Entre los tres empujaron el torpedo hacia la orilla. Ya en ella les ayudó el resto. Entre todos lo transportaron a la espesura.

Llegaban a los primeros árboles cuando un nuevo grito de aviso les puso en guardia. También esta vez fue el mar el objeto de la curiosidad de los terrestres.

Una esfera de Venus ascendía hacia el cielo. El hombre que diera el grito aseguraba haberla visto surgir de las aguas. No hubo lugar a que nadie pusiera su afirmación en tela de juicio, porque segundos después todos pudieron ver a una segunda esfera que brotó del mar como impelida por una terrible fuerza submarina.

Sin necesidad de que «Meteoro» lo ordenara, todos sus hombres corrieron a refugiarse en la arboleda. El torpedo capturado fue arrastrado tras

ellos.

Sidney Tracy llamó al operador de radio.

-Comunique al helicóptero la presencia de esas dos aeronaves. Ordéneles que se posen.

Con una seña indicó a Tom Álvarez la necesidad de averiguar el contenido del torpedo. La puerta de acceso al exterior parecía cerrada por dentro. Iba a ser una tarea complicada desentrañar el secreto que contenía en su interior. A pesar de estar plenamente convencido de que nada había de conseguir, tiró de la puertecilla hacia sí. Su sorpresa fue enorme al comprobar que cedía. Sin duda su ocupante había intentado salir.

Todos estaban alerta por lo que pudiera suceder. Los fusiles eléctricos apuntaban amenazadoramente al pequeño orificio que iba agrandándose a medida que «Meteoro» alzaba la trapa.

En los ojos de este último se pintó la más viva sorpresa. Sus labios dejaron escapar:

-¡Una mujer!

Introdujo sus brazos por el orificio y no tardó en sacarlos sosteniendo un delicioso cuerpo de mujer. Su hermosa cabellera negra flotó a impulsos de la sofocante brisa. Estaba desvanecida.

-Una mujer terrestre... -musitó Tom Álvarez.

-¡Una de las esferas se acerca! -gritó alguien.

Todos se dejaron caer en tierra. Álvarez lanzó unas brazadas de broza y ramas secas sobre el torpedo.

Segundos después vieron a través del boscaje pasar a la esfera. Casi inmediatamente volvió a sobrevolarles. Sólo cuando «Meteoro» creyó pasado el peligro ordenó a sus hombres que se pusieran en marcha.

-No creo equivocarme al asegurar que no serán únicamente estas dos esferas las que buscarán a esta muchacha -decía Sidney a Tom Álvarez-. Me temo que venga más gente a bordo de nuevos torpedos. Ordena que vaya una patrulla constantemente en retaguardia para evitarnos sorpresas. Esta muchacha debe saber muchas más cosas de las que esos «calamares» quieran que se sepa.

-¿Quién será?

-Apostaría mi mano derecha a que se trata de la hija del profesor Berger.

Caminaron por espacio de un cuarto de hora sin ningún contratiempo. Al cabo del mismo aparecieron corriendo los dos hombres que Tom Álvarez había designado para que vigilaran la posible aparición de venusianos. Por su desentrenada carrera comprendió el resto que algo grave sucedía.

El primero de los recién llegados habló entrecortadamente.

-Más venusianos. Apenas abandonaron ustedes aquel lugar aparecieron seis torpedos más como aquel. Atracaron en la orilla y de cada uno de ellos brotaron tres de esos repugnantes hombres-medusa. Finalmente, de los dos últimos sacaron otros tantos robots. Inmediatamente se pusieron éstos en marcha, avanzando directamente hacia nosotros sin la menor vacilación. Echamos a correr, pero aquellos malditos robots nos descubrieron. Hicieron fuego sobre nosotros; digo que hicieron fuego porque vimos carbonizarse algunas ramas y arbustos a nuestro alrededor. Afortunadamente logramos sacarles ventaja, pues esos robots no se mueven con ligereza a través de la maraña. Pero deben estar sobre nuestras huellas.

«Meteoro» dio la orden de redoblar la marcha y al operador de radio la de ponerle en comunicación con el helicóptero.

-Déles nuestra ruta y ordéneles que nos salgan al paso. Es necesario poner a salvo a la muchacha. Es lo que buscan y tengo especial interés en que no lo consigan.

Angustiados por la posible aparición de los venusianos caminaron sin descanso. Numerosas veces se vieron sobresaltados por la presencia de los enormes e inofensivos monos marcianos, únicos representantes de los animales superiores de aquel planeta ya que hasta la fecha no se había descubierto ningún vestigio humano, si bien se había demostrado su pretérita existencia. Pero por razones no conocidas no se había hallado aún ningún ser humano. Algún explorador aseguraba haber visto hombres en la ignota isla de Martia, pero aquellos rumores no habían podido ser confirmados. De todos modos, de existir los tales humanos debían estar en estado semisalvaje.

El contacto con el helicóptero se hizo veinte minutos más tarde. Rápidamente lo abandonaron sus ocupantes pasivos y en su lugar fue izada la desvanecida muchacha. Sin pérdida de tiempo se elevó el helicóptero. En el mismo instante se escucharon los estampidos secos de los fusiles eléctricos.

Los venusianos les habían alcanzado.

-¡Dispersaos! -gritó «Meteoro».

El helicóptero ya había desaparecido por entre las copas de los árboles seguido de los disparos de los hombres-medusa. Sidney Tracy prestó teda su atención al combate. Uno de sus hombres había sido alcanzado por los disparos de los robots; los venusianos no se dejaban ver. Disparó sobre el primer hombre mecánico, pero su disparo no surtió efecto en la máquina a pesar de haber dado en el blanco.

Otro de sus hombres había caído. El pánico se apoderó de los terrestres, a quienes empavorecía la invulnerabilidad de los robots. Comenzaron a retroceder. A «Meteoro» le interesaba aquel retroceso.

Sigilosamente ascendió a un árbol enano y esperó a que pasaran los hombres mecánicos. Esperaba que tuvieran «u punto vital en la parte trasera. La suerte estuvo con él; en la cabeza descubrió una placa de la que brotaban gran número de conexiones eléctricas, sin duda del cerebro electrónico que regía al robot.

Cuidadosamente apuntó e hizo fuego. A punto estuvo de lanzar una exclamación de alegría. Una llamarada brotó de la cabeza metálica y un pequeño estallido precedió a la aparatosa caída del muñeco.

Sin pérdida de tiempo apuntó al segundo. Hubo de hacer el disparo casi sin apuntar, pues el robot comenzaba a volverse. Afortunadamente para el capitán «Meteoro», su disparo fue a dar en el blanco con idéntico resultado. Pero su alegría duró poco. El árbol sobre el que se había encaramado fue segado por un disparo.

La caída no tuvo consecuencias, pero suponía que había sido descubierto por sus enemigos. No se preocupó de hacer frente a los hombres-medusa. Echó a correr desesperadamente hacia el lugar por el que desaparecieran sus compañeros seguido por los disparos de los venusianos. Frente a él una enorme roca se cuarteó al recibir un disparo dirigido a él. Sintió un doloroso golpe e intensa quemazón en el brazo izquierdo, pero apretó bien los dientes para olvidar el dolor y escapar al peligro que suponía detenerse siquiera unos segundos.

Al cabo de algunos minutos advirtió que nadie le seguía. Poco después enlazaba con sus compañeros, que le recibieron con muestras de entusiasmo. Estaban preparados para el ataque de los venusianos, pero éstos no hicieron acto de presencia. Inesperadamente rehusaban obtener lo que con tanto empeño habían intentado. La pequeña tropa aprovechó aquella tregua

para retirarse. Durante su precipitada retirada no volvieron a ver a las aeronaves de Venus. Meteoro estaba verdaderamente preocupado.

CAPÍTULO VI

El capitán «Meteoro» juega sus cartas

«Meteoro» examinó su herida. Había sido producida por una esquirla de piedra. Le dolía, pero no era grave.

La dura jornada agotó a todos, pero la ilusión del próximo descanso animó a todos. Fue por ello por lo que los efectos de la desagradable sorpresa resultaron mayormente desoladores.

Sidney Tracy y Tom, que caminaban en cabeza, fueron los primeros en darse cuenta de que algo había sucedido en el campamento durante su ausencia. Divisaron el helicóptero y a su alrededor seis hombres. Los del campamento tomaron precauciones cuando les vieron aparecer en el claro, pero abandonaron su actitud hostil cuando identificaron a los recién llegados. A medida que los expedicionarios avanzaban podían ver zonas completamente chamuscadas. La retorcida mole metálica de lo que fue un «cachorro» del «U-327» se ofreció a sus extrañados ojos.

En los de los que habían quedado en el campamento podía leerse la derrota.

-¿Qué ha sucedido aquí? -preguntó «Meteoro», aun sabiendo que su pregunta carecía de objeto-. ¿Cómo se encuentra la muchacha?

-La muchacha aún no ha recobrado el conocimiento y descansa en el interior del helicóptero. En cuanto a lo sucedido, poco hay que contar. Cuando menos lo esperábamos aparecieron dos astronaves esféricas que se lanzaron sobre nosotros. Afortunadamente, no había nadie dentro de los cohetes. No tuvimos tiempo de nada, y cuando quisimos repeler el ataque era demasiado tarde. Han destruido nuestras aeronaves y averiado ligeramente la de ese explorador alcoholizado. Es tan pequeña que debe habérseles pasado desapercibida.

Timoteo Zalakos, el hombre designado por Sidney para regir el campamento durante su ausencia, dejó de hablar y se recostó perezosamente contra el armazón metálico del helicóptero, mirando fijamente al joven. Este se volvió a Tom Álvarez.

-Ahora está bien claro el por qué no nos siguieron los venusianos. Sabían que sus aeronaves habían destruido las nuestras -dijo-. De todos modos, no vamos a esperar a que vengan a cazarnos como a vulgares conejos. Tú, Tom, deberás ocuparte de que la aeronave de Van Deerst quede en

perfectas condiciones de vuelo. Vamos a estar cambiando de posición hasta dar tiempo a Saunder para que nos recoja con el «U-327»; entonces estaremos en condiciones de dar la réplica a esas malditas esferas que el cielo confunda. Zalakos se encargará de componer una emisora lo suficientemente potente para ponernos en contacte con «Pelirrojo». Quizá pueda aprovechar algo de la que posee la aeronave de Van Deerst.

-No hará falta modificarla en absoluto. Es completamente capaz. Y me pregunto yo para qué querrá ese individuo una emisora de tanta potencia. Lo es tanto como la del «U-327» -respondió el interpelado.

-Eso es lo que trato de saber desde que llegamos a estos parajes. De todos modos, creo que con su mutismo es el culpable do la muerte de tres de los nuestros.

-En el bombardeo murió Earle Hastings -añadió Zalakos.

-Bien, voy a ver cual es el estado de esa mujer y si puede arrojar alguna luz al asunto que nos ocupa.

Mientras cada hombre del campamento se ocupaba del trabajo que se le había señalado, «Meteoro» se asomó al interior del helicóptero. No llegó a hacerlo por completo porque se halló ante los ojos más grandes y negros que jamás soñara. Ambos jóvenes se miraban fijamente. La actitud de ella, si no temerosa, era cuanto menos preventiva, alerta.

-¡Qué agradable sorpresa! -exclamó el capitón «Meteoro»-. ¿Cómo se encuentra?

-Me encuentro perfectamente. Pero quisiera que me dijera quién es usted.

-Me llamo Sidney Tracy, aunque mis hombres me conocen más familiarmente por el capitán «Meteoro». Y ahora pasemos a lo que es mucho más importante. ¿Es usted la hija del profesor Berger?

La joven pareció ponerse en guardia. La exquisita delineación de sus cejas perdió su armonía al ser fruncidas por su dueña. «Meteoro» pudo advertirlo y volvió a decir:

-No pase cuidado. No le vamos a hacer daño. Puede decirse que somos sus niñeras. Piense de todos modos que si fuéramos esbirros de los venusianos no nos costaría nada llevarla de nuevo a la ciudad submarina. Lo habríamos hecho al punto de emerger su torpedo a la superficie.

-No le falta a usted lógica, pero me resulta, totalmente incomprensible

que usted esté enterado de tantas cosas.

-El averiguar que era usted la hija de Berger no ha sido precisamente un milagro. En cuanto al resto no han sido más que suposiciones que veo eran acertadas. ¿Existe esa ciudad submarina?

-De ella vengo y allí está mi padre. Necesito encontrar a quien me ayude a rescatarlo...

«Meteoro» no pareció prestar atención a estas últimas palabras de la muchacha.

-Y, dígame -preguntó-. ¿Quién raptó a ustedes? Tengo entendido que residían en Moon, allá en la Luna.

La joven inició un mohín de disgusto y nuevamente se advirtió prevención en su rostro. No respondió.

-Vamos, facilite mi labor. Ya le he dicho anteriormente que no soy amigo de los venusianos. ¿Fue por casualidad el Residente de Moon?

Los ojos de ella se agrandaron, pero guardó silencio.

-Veo que he acertado. Ahora sé cuanto necesitaba saber. Comenzaré por el principio para que usted pueda comprender.

»Todo comenzó cuando mi viejo aerocohete sufrió una avería en el viaje que con mi socio realizaba desde Moon a la Tierra. Obligados por ella nos desviamos sensiblemente en nuestra trayectoria. Vagábamos sin control hacia Marte y casualmente pude descubrir una astronave de Venus. Me pareció fantástico, como luego lo fue a todos, pero la había visto con mis propios ojos. Nadie me creyó y todos me consideraron un alucinado. Sólo hubo un hombre que confió y quiso creer mi relato. Él sospechaba del Residente, aunque no tenía la menor prueba. Y para hallarlas me comisionó a mí. Más tarde se me comunicó la noticia de que el profesor Berger y su hija habían desaparecido de Moon. Ahora me inclino a creer que en aquella astronave de Venus viajaban ustedes. Milagrosamente hallé una pista que resultó ser la acertada; até cabos, relacioné hechos y llegué al esclarecimiento del hecho. Debo reconocer que la suerte me ha ayudado. Y ahora, puesto que quiere hallar a alguien que le ayude a rescatar a su padre, le propongo un trato. Pero antes necesito que me confirme que fue obra del Residente.

-No fue el Residente Rennie personalmente, pero sí sus hombres. Fueron Jorg y Knuls -yo no les conocía personalmente, pero mi padre sí- quienes asaltaron nuestra morada de las afueras de Moon. Les acompañaban

varios venusianos y parece que la consigna era de no darse a conocer. La casualidad hizo que mi padre descubriera a Jorg y éste intentó matarlo, siendo muerto él por uno de los repugnantes monstruos gelatinosos. Necesitaban a mi padre a toda costa,

-¿Cuál era la causa de ese interés? -inquirió «Meteoro».

-La más importante y precisamente la que ha originado todo esto.

-A saber.

-Seré breve. Mi padre es uno de los más destacados biólogos terrestres. Quizá sepa usted que los hombres de Venus son altamente vulnerables a cierta bacteria existente en la atmósfera de la Tierra y que ya les hizo fracasar hace casi aproximadamente un siglo. Mi padre habla cultivado con cierto éxito esta bacteria y estaba realmente interesado en conocer la causa por la que los hombres de Venus no podían coexistir con ella. Ya le he dicho antes que había conseguido algún resultado positivo. Quizá el Residente Rennie creyó que tenía el problema completamente resuelto y pensó en vender a los venusianos esta posibilidad y su privilegiada situación política a cambio de otra mucho más importante. Debe ser un loco maniático.

»Después del rapto esos hombres-medusa nos transportaron hasta aquí. Hay una ciudad submarina a poca distancia de la desembocadura de un río. No es únicamente submarina, sino también subterránea, ya que ha sido construida aprovechando multitud de cavernas naturales que en interminable cadena existen en el fondo eminentemente rocoso de ese mar.

»En esa oculta ciudad fue obligado mi padre a trabajar a fin de que diera la solución al problema de la no coexistencia de la antedicha bacteria con el organismo venusiano. La verdad es que lo que ellos desean no puede conseguirlo mi padre y es lo más seguro que lo matarán cuando lo descubran. Mientras tanto él trata de engañarles a fin de ganar tiempo. Gracias a unas circunstancias, que sería largo enumerar, logré burlar la vigilancia a que se me tenía sometida y escapar hasta la superficie del mar. El resto ya lo sabe usted.

-Eso encaja perfectamente con mis deducciones. Es llegado el momento de que le indique cual es mi ofrecimiento. Yo conseguiré que usted hable con el Consejo Superior a cambio de que les diga a ellos cuanto me ha dicho a mí. Yo necesito desenmascarar al Residente Rennie y usted ayuda para su padre.

Antes de que la muchacha pudiera dar su conformidad se les acercó

Zalakos.

-He comunicado con el «U-327» y Saunder ha aclarado que está muy alejado de esta latitud y que tardará cuanto menos un día en llegar hasta aquí, es decir, hasta el nuevo lugar designado -dijo.

-Eso está bien, Zalakos -luego, dirigiéndose a la muchacha, dijo-. ¿Acepta mi proposición?

El bello rostro se iluminó con una suave sonrisa.

-Acepto.

-En ese caso tenemos muchas cosas que hacer aún. Zalakos, necesito una comunicación con Blomberg. A través del emisor de Saunder en el «U-327» podrás conseguirlo. Es urgente.

«Meteoro» ayudó a bajar del helicóptero a la muchacha y la invitó a que le acompañara.

-¿Puedo saber cuál es su nombre de pila, señorita Berger?

-Yvette.

-Bonito nombre el suyo. Si no le disgusta daremos una vuelta por el campamento para ver como marchan las cosas.

Llegaron primeramente hasta el aerocohete de Van Deerst en el que trabajaban seis hombres al mando de Tom Álvarez. Van Deerst estaba en su recámara con una botella de plag en las manos. Estaba en ese estado que es límite entre la alegría y la borrachera. Sus ojos inflamados miraron con aire estúpido a la joven pareja.

-¿Un trago? -ofreció.

«Meteoro» avanzó hacia él. Con rápido gesto tomó la botella que torpemente sostenía el otro, y la arrojó por una escotilla. Yvette contempló la escena asombrada. Miraba fijamente a Van Deerst.

Sidney Tracy volvió la mirada hacia Yvette Berger.

-¿Conoce a este hombre? -preguntóla.

La muchacha afirmó con la cabeza.

-No sé su nombre ni de quién se trata, pero le he visto en una ocasión allá en la ciudad submarina de los venusianos.

-Es suficiente para mí -«Meteoro» pareció haber mordido sus propias palabras. Con los párpados semientornados avanzó amenazador sobre Van Deerst, que con su fofa humanidad temblando perceptiblemente le miraba aterrado-. Ya es llegada la hora de que se decida a ¡hablar de una sola vez.

Con su maldito y cobarde mutismo ha sido el culpable de la muerte de varios de mis hombres, y en estos mismos instantes está atentando contra todos cuantos estamos aquí. Porque sólo usted puede llevarnos hasta el interior de esa maldita ciudad submarina. Tengo suficientes motivos para matarlo aquí mismo sin más tribunal que el formado por mis hombres, mis sospechas y el testimonio de la señorita Berger, confirmándolas. Pero aún está a tiempo, si se presta a colaborar con nosotros.

El empedernido borracho estaba realmente aterrado, pero guardó obstinado silencio, mientras en sus ojos brillaba la angustiosa luz producida por el miedo de saberse acorralado.

Aquella pasividad, más propia de un animal doméstico, irritó a «Meteoro». Su puño derecho, disparado violentísimamente, chocó con la mandíbula de Van Deerst, que se desmoronó. El muchacho parecía enardecido y se abalanzó de nuevo sobre él, agarrándole de la rota camisa y golpeándole sin piedad.

Hubo de intervenir Yvette Berger para que el capitán «Meteoro» abandonara su presa.

-¡Déjelo ya, «Meteoro»! ¡No es humano! -gritó la mujer, interponiéndose entre los dos hombres.

«Meteoro» obedeció a regañadientes.

-Tal vez no sea humano -gruñó-. No lo sé, ni me importa. Pero supongo que tampoco debe ser muy humano lo que él está haciendo al obstinarse a hablar. Resultaría realmente interesante poder conocer la opinión de esos muchachos que han perdido la vida gracias a su traición repugnante.

-No pretendo justificarle a él -respondió ella, visiblemente ofendida-. Pero considero que es más razonable que lo juzguen las autoridades, la Justicia.

-¡Yo soy la justicia en estos parajes! A miles de millas del único paraje habitado en este enorme planeta, sólo ye soy el responsable de los hombres bajo mi mando. Eso sin considerar que, no tardando mucho, el asesinato de este repelente sapo será considerado como un favor a esa humanidad por cuyos derechos aboga...

La oportuna llegada de Zalakos puso fin a la violenta escena.

-Blomberg está a la escucha, capitán.

«Meteoro» fue tras él. Al penetrar en el cohete de Van Deerst

preguntó a Tom Álvarez:

-¿Qué tal va eso?

-Creo que antes de dos horas estará en condiciones de volar.

-Después necesitaré que recompongas algún aparato televisor de nuestros cohetes.

-No ha quedado ninguno en condiciones. Habremos de aprovechar el de Van Deerst.

Momentos después estaba en comunicación directa con Blomberg. Informó largamente durante casi más de dos horas.

-Ya tiene en sus manos a su enemigo el Residente Rennie. No sólo he demostrado la existencia de naves venusianas, sino que le he proporcionado pruebas concluyentes. Mi misión ha concluido. Tan rápidamente como haymos resuelto el problema nos presentaremos ahí para cobrar el precio...

-Estoy dispuesto a darles mucho más de lo estipulado.

-Agradable noticia la suya. Procuraremos darnos mucha más prisa.

-No me ha entendido bien, Sidney Tracy. Quiero decirle que estoy dispuesto a darles cuanto me pidan si llevan este asunto hasta el final y destruyen esa base submarina.

-¡Magnífico! Y para ello, ¿qué va a hacer usted? ¿Mandarnos un voto de confianza del Consejo Superior? Hace falta algo más que eso para lograrlo. Tenga en cuenta que ni siquiera sé dónde se halla emplazada exactamente, De todos modos, esa base ha de ser enorme. Los informes que tengo de ella lo confirman.

-Le proporcionaré cuantos medios están a mi alcance. Comprenda que por su situación privilegiada puede acabar con un solo golpe lo que de otro modo podría significar una guerra lenta y terrible.

-¡Eh, Blomberg! No trate de enredarme con esas artimañas de patriotismo. Yo no me las he dado jamás de héroe. No soy más que un aventurero y, por culpa de Saunder el «Pelirrojo», algo comerciante. Pero nada más. Yo mismo me busco mis premios ideales. Combato por lo que... ¡En fin! Usted gana ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Durante mucho tiempo hablaron ambos hombres. Blomberg prometió enviar a Marte cuantos «U-327» pudiera. Tres de ellos partirían aquel mismo día con toda clase de material de guerra y estratégico. Para las primeras horas del día siguiente quedó concertada una entrevista televisada con el Consejo

Superior para desenmascarar al Residente traidor. El «U-327» que volaba en la estratosfera de Marte haría de «puente» para la retransmisión televisada.

Apenas hubieron finalizado de ¡hablar dispuso «Meteoro» que fuera recogido el campamento para dirigirse al nuevo punto X.

El cohete de Van Deerst despegó sin ninguna dificultad.

CAPÍTULO VII

Cautivos de Venus

Ernest Rennie, Residente de Moon, abrió personalmente la puerta de su despacho, permitiendo la entrada de Knuls. Un Knuls pálido, desencajado y con el espanto reflejado en sus pupilas acuosas de mirar inexpresivo e huidizo.

-¿Alguna novedad? -preguntó el Residente.

-Ninguna por ahora -respondió el recién llegado mirando hacia todas partes-. ¿Qué va a suceder ahora?

-¿Qué quieres que suceda, estúpido? Nada puede pasarnos. No irás a creer que ese aventurero va a poder más que mi prestigio.

-He averiguado que ese capitán «Meteoro» está respaldado por Dimas Blomberg.

-Hace algún tiempo que lo sé, pero ni bajo sus auspicios ha de poder conmigo. ¿Qué crees que puede suceder cuando dentro de unos instantes pretenda ese iluso denunciarme?

-No sé. Puede tener las suficientes pruebas para...

-Si las tiene no habrán de servirle para nada, porque a estas horas hay un pequeño ejército de venusianos batiendo la zona en que pueden hallarse. Bastará su conexión con el Consejo Superior para que yo facilite su emplazamiento a nuestros aliados, que harán el resto.

Knuls pareció recobrarse un tanto. Invitado por su amigo fue a sentarse ante una pantalla de televisión junto a la que podía verse una complicada emisora-receptora de radio. Permanecieron frente a la primera hasta que aparecieron sobre la pulimentada superficie de vidrio las señales lumínicas previas de conexión.

-Ha llegado el momento de trabajar -apremió el Residente-. Cuanto antes facilitemos a nuestros amigos la situación de esos estúpidos.

Sin decir una sola palabra se puso a trabajar Knuls. Era un verdadero especialista en aquellos trabajos.

Cuando en la pantalla apareció el primer personaje casi tenía finalizado su trabajo.

Era «Meteoro quien hablaba ahora. Había comenzado con un preámbulo que favorecía los planes de Ernest Rennie. Casi inmediatamente pudo ver éste a Yvette Berger. Un grito de furor se escapó de su garganta. ¡Aquel maldito aventurero tenía más pruebas en su mano de las que él había

supuesto! Cierto que había tenido noticia de la fuga de Yvette, pero jamás esperó que la casualidad guiara los pasos de la joven hasta llevarla al alcance del capitán «Meteoro».

-Ordena a la tripulación de nuestra aeronave de urgencia que esté dispuesta para emprender el vuelo -avisó el Residente a Knuls que acababa de comunicar a Marte la posición exacta de «Meteoro» y los suyos.

Mientras Knuls cumplía su cometido y Ernest Rennie aguardaba el momento en que la pantalla cesase de funcionar al ser destruida por sus aliados, el capitán «Meteoro» continuaba hablando, se estaba tomando la revancha precisamente en compensación a la burla que de él hicieron casi la totalidad de los miembros del Consejo.

Comenzó a pasar el tiempo sin que sucediere lo que estaba esperando. Al fin, «Meteoro», dio s nombre como el del traidor.

No alteró ello a Rennie

-Dentro de unos segundos, cuando mis amigos irrumpan en vuestra nave, habrá cesado de hablar -comentó.

Pero el tiempo transcurría y ello no sucedía. El Residente de Moon comenzó a perder su aplomo. Yvette Berger había cesado su declaración y desapareció de la pantalla para dar paso a la imagen de Van Deerst. Al llegar a este punto el traidor había perdido toda su calma. Sin esperar siquiera a ver si la declaración del sempiterno borracho le comprometía, arremetió contra el televisor, destrozando la pantalla de un furioso puntapié.

-¡Aun no me habéis vencido, malditos! -gritó-. ¡Voy a jugar mis últimas cartas!

Los ojos le brillaban intensamente cuando echó a correr por un largo pasillo. Se cruzó con Knuls frente a la puerta de la Sala de Control de la Policía Sideral. Rennie penetró en la vasta pieza, mientras el último en llegar quedaba en el quicio de la puerta. El Residente manipulaba en los complicados mandos.

-¿Qué ha pasado? -preguntó temerosamente Knuls-. ¿Han llegado a tiempo los nuestros?

-No.

-Entonces, ¿ha hablado la hija de Berger?

Rennie asintió sin dejar de trabajar aceleradamente.

-¿Dijo algo de mí?

-¡Claro! ¿Qué suponías? Pero ello no debe importarte, vamos a escapar de aquí sin que puedan impedirlo. La Policía Sideral nos servirá de escolta para el caso de que de la Tierra salgan en nuestra persecución. No podrán nada contra nosotros y pronto volveremos como vencedores.

-Es inútil -gimió Knuls-. No podremos evitar nuestro castigo Cualquier planeta será pequeño para escondernos. ¡Estamos perdidos!

El Residente le miró con ojos extraviados.

-¡Deja de decir tonterías y vamos a la aeronave!

-¡Será inútil escapar!

Irritado por el terror de su esbirro tomó lo primero que le vino a las manos. Se trataba de un largo punzón de acero de más de un metro de longitud.

-Desde luego va a ser inútil... ¡para ti!

-¡No...!

Knuls llegó a comprender demasiado tarde las intenciones de su compañero de crimen. Éste arremetió con la improvisada lanza, atravesando con ella el estómago del infortunado Knuls que sintió desgarrarse sus entrañas por el acero.

Rennie había cargado en el golpe todo el peso de su cuerpo y la punta del punzón fue a clavarse en la armadura de madera de la puerta, con lo que el cuerpo del asesinado quedó pendiente de ella algunos segundos hasta que su propio peso hizo que el arma homicida se desclavase.

Sin preocuparse más por el hombre que dejaba atrás, el Residente corrió por el pasillo hasta llegar a una portezuela que daba a una amplia plaza. Algo alejada se veía una aeronave e igualmente podía advertirse cierta actividad alrededor de ella.

En una diminuta silla electrónica cubrió la distancia que le separaba de la astronave. Ascendió a la misma seguido de los atentos saludos de cuantos junto a la máquina había.

Dio al comandante de la nave la orden de despegue inmediato.

La proa del proyectil apuntó al cielo tachonado de estrellas cuando la cúpula se abrió sobre él. Automáticamente se formó una cortina cilíndrica de hielo artificial para evitar la falta de atmósfera.

Con un sordo rugido abandonó la astronave su base de cemento. Algunos minutos más tarde se la vio contrastar contra el disco blancuzco

azulado de la Tierra, rumbo a Marte.

Apenas normalizado el vuelo, Ernest Rennie daba a su comandante la siguiente orden:

-Arroja al vacío a cuantos no sean de confianza.

* * *

Los efectos resultantes de los servicios de Knuls fueron harto desagradables para nuestros amigos en Marte. La primera señal de la proximidad de los venusianos fue una terrible explosión que conmocionó a cuantos ocupaban el cohete.

Casi automáticamente cesó de funcionar la pantalla televisora. Fue en el preciso momento en que Van Deerst había comenzado a hablar.

El alcohólico aprovechó el desconcierto para escapar del interior del cohete y saltar al exterior. Al capitán «Meteoro» le fue fácil ver cómo Tom Álvarez, más próximo a él en el momento del ataque, se lanzaba tras el explorador.

«Meteoro» se asomó al exterior. Varias esferas de Venus sobrevolaban el improvisado campamento. Algunas de las escasas armas terrestres contestaban valientemente al fuego de los venusianos. Una sola ojeada le bastó al joven para convencerle de que la lucha iba a ser asaz corta y de funestos resultados para ellos.

Pese a su convencimiento, saltó al suelo para hacerse cargo de la defensa. Cada hombre luchaba para sí, independientemente de los demás. Las esferas ya no disparaban contra ellos, pero no menos de cien hombres-medusa respaldados por tres «robots» estrechaban el cerco contra el grupo de terrestres. Éstos quedaron prontamente copados en el centro del claro del campamento, junto al aerocohete de Van Deerst.

A «Meteoro» le extrañó que no hubiera ninguna baja entre sus hombres, pero la respuesta fue tan rápida que apenas tuvo tiempo de comprenderla. Se adelantaba ya sobre un árbol para repetir la suerte del día anterior cuando sintió un frío intenso y advirtió que todos los objetos se cubrían de hielo.

A su izquierda vio caer a uno de sus hombres totalmente cubierto de escarcha. De nuevo sintió la sensación de frío, ahora mucho más intensa y miró espantado sus manos y brazos: ¡pequeñas escamas de hielo comenzaban a cubrirle! Quiso agitarse frenéticamente y su intento quedó en el deseo

frustrado. La vista se le nubló y paulatinamente comenzó a insensibilizarse. Por último, antes de perder la noción de la vida creyó haberse desplomado, pero era tan vaga y distante la sensación, que no pudo precisarla.

Un silencio pesado se hizo sobre el calvero sembrado de cuerpos inanimados.

La vegetación de tonos rojizos y el pegajoso vaho que de ella se desprendía contribuía a dar a aquel cuadro de desolación innegable tinte dantesco.

Los repelentes monstruos fofos avanzaron dando pequeños saltos, que hacía temblar su gelatina. Sistemáticamente fueron tomando cada uno de ellos a un terrestre y desapareciendo en la espesura. En pocos minutos fue realizada la operación, ya que todos sus defensores habían sucumbido bajo el misterioso hielo de los de Venus.

Las esferas, que se habían posado apenas comenzó el ataque por tierra, volvieron a elevarse poco después de desaparecidos los vencedores.

El tórrido sol tardó poco tiempo en derretir aquel breve hálito de muerte. Desapareció cualquier resto de hielo, y cuantos animales habían quedado dentro del alcance de los efectos del extraño gas gélido volvieron a la vida.

Tan sólo el aerocohete allí abandonado decía de la anterior presencia de seres humanos. Pero lo que de ningún modo podía sospecharse era que allí hubiera podido haberse desarrollado una lucha momentos antes.

Nada vino a turbar la soledad del claro hasta que media hora más tarde el silencio se vio quebrado por un terrible fragor.

Per encima de los árboles, a bastante altura, pudo verse la sobrecogedora mole del «U-327» que disparaba sus potentes turbo-frenos. Los formidables reactores venían disminuyendo su pavorosa velocidad. No tardó en desaparecer tras de los árboles, sin que por ello dejase de escucharse el tremendo estruendo.

Cesó al fin el rugido y nuevamente la quietud invadió el lugar.

Pero habría de ser por poco tiempo porque, apenas transcurridos algunos minutos, irrumpió en él un grupo armado en cuya vanguardia venía «Pelirrojo» Saunder.

Giró su mirada en derredor como si no acertara a comprender el por qué de aquella insólita soledad.

-¿Qué diablos significa esto? -gruñó- ¡Aquí no hay nadie!

Llegóse hasta el aerocohete y penetró en él para no tardar en salir a los pocos instantes.

-¡Eh, Kazuo! -gritó-. ¿Estás seguro de que es este el punto X de referencia? Más bien parece el campamento que hubieron de abandonar.

-No hay ninguna duda, señor. A menos que las cartas de navegación que poseemos sean falsas y los aparatos calculodeductores estén averiados, éste es el lugar señalado.

-Parece increíble. Al final va a resultar que los venusianos hacen por aquí cuanto les viene en gana. ¡A mis años! -luego, dirigiéndose a su lugarteniente ordenó-. Que se dé una batida por los alrededores. Yo regreso al «U-327». No quisiera que los de Venus nos lo robaran -terminó con una carcajada que fue coreada.

Jamás supo «Pelirrojo» lo próximo que estuvo a que sus palabras se convirtieran en realidad.

Aún no había traspuesto la escota que daba acceso a la cabina central de mando, cuando el operador de radar dio el alerta a través de los innumerables altavoces. Mentalmente calculó Saunder que los cañones sensimáticos ligeros ya estarían dispuestos para repeler el presunto ataque. Un minuto más tarde el «U-327» se convertiría en un enloquecedor avispero del que incluso resultaría muy difícil escapar al atacante.

Saunder se hizo cargo de ils mandos. Antes de que pudiera percatarse de la naturaleza de los atacantes, restallaron los sensimáticos ligeros de estribor.

En la pantalla de televisión exterior de antena rotora pudo localizar al enemigo. Estuvo a punto de lanzar una exclamación. Eran cuatro esferas venusianas.

Las aeronaves de Venus danzaban terriblemente en el espacio, siendo dificilísimo hacer blanco en ellas.

La prodigiosa facilidad maniobrera de las esferas irritaba grandemente a Saunder, que se sabía con los triunfos en la mano. Pasado el primer momento, comprendió que las cuatro esferas no constituían ningún serio contratiempo para el «U-327».

Cuando más convencido estaba de su rápido triunfo sobrevino una explosión que sacudió sensiblemente al gigante interplanetario.

-¡Informen de los daños causados por ese impacto! -gritó Saunder por el megáfono eléctrico.

Casi inmediatamente vino la respuesta.

-Nada grave, señor. La estructura externa ha sido interesada ligeramente. Eso es todo.

-Está bien, Que todos los motores disponibles trabajen para abastecer la cortina electromagnética. No quiero que un nuevo disparo enemigo vuelva a alcanzar el casco. Y ahora vamos a «dialogar» estos caballeretes de Venus y yo.

Saunder esperó a que cualquiera de aquellas esferas se pusiera a tiro. Le hicieron dos, pero en un ángulo que difícilmente podría alcanzarlas. Mas Saunder era gato viejo y se limitó a impedirle que escaparan por el lado contrario a la trampa que les preparaba.

Efectivamente, las dos esferas fueron «metiéndose» en babor basta que los sensimáticos entraron en juego. Las esferas parecieron desaparecer como por arte de magia.

Las restantes debieron advertir el fin de sus compañeros y no intentaron correr el riesgo. Como exhalaciones desaparecieron en la altura.

CAPÍTULO VIII

En la ciudad submarina

Tom Álvarez fue el primero en advertir la fuga de Van Deerst. Era quien más próximo a él estaba y por tanto quien se lanzó en su seguimiento. Había sido un impulso ciego, mecánico. No pensó siquiera en la explosión de momentos antes, ni en el peligro que pudiera aguardarle fuera.

Fugazmente pudo ver a las esferas evolucionando. Algunos terrestres replicaban a su fuego, pero a él le interesaba Van Deerst y siguió corriendo. Le vio desaparecer entre los árboles. El fugitivo parecía no haberse dado cuenta de la persecución, sin embargo corría desesperadamente.

A medida que se adentraban en la maraña la carrera decrecía en velocidad. Llegó un momento en que sólo se podía avanzar con grande dificultad.

En aquellas condiciones comprendió Álvarez que no podría alcanzar al borracho hasta que éste, perdidas sus fuerzas, abandonase la huida y se entregara. La velocidad en una jungla como aquella no pasaba de ser una utopía.

Llegó un momento en que el fugitivo se creyó lo suficientemente lejos del campamento de los terrestres para permitirse un pequeño descanso. Fue entonces cuando descubrió a su perseguidor.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente al advertir que le estaba pisando los talones cuando él ya se consideraba seguro. Había creído que con el ataque nadie intentaría seguirle.

Desesperadamente quiso redoblar su velocidad, pero resultó un esfuerzo estéril. La persecución continuó con la misma enervante lentitud de antes. La ventaja que la juventud y mayor fuerza de Álvarez pudieran darle era prácticamente inapreciable y solamente sensible al cabo de bastante tiempo. Pero Tom Álvarez confiaba en que el desfondamiento de Van Deerst había de ser inmediato.

El sudamericano prestó oído y no acertó a escuchar ningún sonido procedente del campamento. Estuvo tentado de volver para saber qué había sido de los suyos. En aquel preciso momento cayó Van Deerst en el suelo. Ello le hizo suponer que su perseguido comenzaba a flaquear.

Aterrado por la inminente presencia de Tom Álvarez, se puso en pie jadeante; logró dar algunos pasos pero se enredaron nuevamente sus pies en

las raíces y por segunda vez volvió a caer de bruces. Intentó alejarse arrastrándose.

Poco tiempo después ya estaba Álvarez a su lado. Van Deerst le miró con sus ojos desencajados por el terror. Inspiraba compasión verle totalmente cubierto del rojizo humus y aquella terrible expresión de terror en el rostro.

-Ponte en pie y sígueme -ordenó Tom.

-Habrás de lle...varme a rastras... -jadeó el gordo-. No puedo moverme. No podría hacerlo aunque me fuera en ello la vida.

Álvarez pudo darse cuenta de que el agotamiento del explorador no era fingido. Decidió esperar hasta que se recobrara.

-Esperaremos algún tiempo. Mientras tanto puedes decirme a qué se debe tu huida. También me agradaría saber si estabas enterado de que habría de producirse este ataque.

-No estoy enterado de nada, nada sabía. Si huí fue porque me impulsó el pánico.

-Supongo que ese pánico no lo producía la proximidad de tus aliados los venusianos, sino la responsabilidad ante los hombres de la Tierra.

-Le vuelvo a repetir que no sé nada. Ignoraba por completo quiénes pudieran ser los atacantes.

-Está bien; veremos si con esas razones puedes convencer al tribunal que haya de juzgarte. Mi opinión particular es que fuiste un estúpido al desaprovechar las oportunidades que te brindó el capitán «Meteoro». Vamos; en marcha.

-No iré. Nos exponemos al riesgo de caer en manos de esos venusianos. Para estas horas no debe quedar nadie con vida en el campamento.

-He dicho, en marcha, Van Deerst.

-¡No. no! ¡No iré!

Tom Álvarez descargó su puño derecho contra el rostro del gordinflón e inmediatamente el izquierdo. Siguió golpeándole con saña hasta que el otro gimió:

-¡Basta! ¡No pegue más!

Penosamente se puso en pie el traidor e inició la marcha, ahora en dirección contraria a la que trajeron. A Tom. Álvarez le tenía inquieto el prolongado silencio. Ningún ruido de lucha se escuchaba desde hacia algún

rato.

Achuchando constantemente a Van Deerst para que no se detuviera llegaron hasta la proximidad del campamento. Un terrible silencio se enseñoreaba del lugar. Algo funesto debía haber sucedido a sus amigos.

Tom obligó al otro a seguirle. De esta guisa llegaron hasta un punto desde el que podía verse todo el campamento. Poco más tarde estaban dentro de él. El sudamericano estaba realmente consternado.

Su mirada era terriblemente dura y fría cuando se encaró con Van Deerst.

-Tú debes saber lo que han hecho con mis amigos.

-¿Cómo puedo saberlo si no he estado aquí?

-No mientas. Les conoces desde hace tiempo. No es posible librar un combate y no dejar rastro alguno. Alguien ha debido caer. ¿Dónde están los posibles muertos? No ha habido tiempo suficiente para ocultarlos. ¿Qué ha sucedido? Tú necesariamente tienes que saber algo. ¡Habla de una vez!

Su excitación era tanta, que no pudo contenerse y golpeó fieramente al gordinflón, derribándole. Ello fue suficiente para soltar la lengua del infortunado Van Deerst. El terror que le inspiraba aquel gigante de bronce y sus formidables puños era superior a sus fuerzas.

-Hablaré. Diré cuanto sepa -se apresuró a decir desde el suelo.

Se incorporó penosamente, palpando el castigado y dolorido rostro.

-No puedo saberlo con certeza -dijo-, pero es casi seguro que los venusianos les habrán atacado con proyectiles de gas que produce un frío intenso y recubre de hielo todos aquellos objetos sobre los que se posa. En el ser humano produce la rápida pérdida de los sentidos durante algún tiempo.

-Y ahora se los habrán llevado a la ciudad submarina, ¿no es eso?

-Supongo que sí.

El tono de Van Deerst intrigó a Álvarez.

-¿Por qué lo supones tan sólo? ¿A qué otro sitio podrían haberlos llevado?

-Claro. ¿A qué otro sitio podrían haberlos llevado?

-¡No mientas, puerco! ¿Será necesario que te caliente las costillas de una vez para siempre...?

-¡No, no! Los venusianos tienen otras dos bases formando un triángulo equilátero que tuviera como vértice la ciudad submarina,

constituyendo la base la imaginaria línea que une a las bases restantes.

-¿Submarinas también?

-Sólo la más próxima a nosotros lo es.

-Bien. Aguardaremos a que llegue el «U-327», ya que por nuestros propios medios nada podríamos.

Álvarez confió quizá demasiado en el terror que inspiraba a su prisionero. Fue por ello por lo que Van Deerst tuvo la ocasión de atacarle y darse a la fuga. Sucedió del siguiente modo.

Tom decidió esperar a que llegara el «U-327». Mientras tanto, creyó oportuno preparar algo que comer para los dos. Penetró en el cohete del gordinflón, descuidando la estrecha vigilancia que ejercía sobre él. Deerst supo aprovechar la coyuntura.

Armándose de un garrote de dura madera esperó agazapado a que su captor saliera de la aeronave. Apenas el mestizo agachó la cabeza para salir por el angosto escotillón, recibió sobre ella el doloroso y contundente golpe.

Van Deerst podría haber sido cualquier cosa menos héroe. Apenas vio tendido de bruces a su víctima echó a correr en dirección a la selva.

El inanimado cuerpo de Álvarez permaneció tendido sobre el rojizo césped de cortas hierbas de bermeja savia.

El espantoso rugido del tigre marciano estremeció las densas capas de aire y el sonoro eco de la jungla de Marte lo repitió multitud de veces.

Como si su formidable rugido fuese el heraldo que le precediera, apenas cesó aquél se mostró la fiera en el claro.

Venía babeante y sus ojos despedían llamaradas. Uno de sus flancos, que constantemente azotaba con la poderosa cola, mostraba una larga herida, como un desgarrón. Era probable que se hubiera topado con los venusianos y éstos fueran los causantes de la herida de la bestia.

Avanzó pausadamente hasta el caído. Pese a su irritación manifiesta se limitó a olisquear al sudamericano para, sin concederle importancia, alejarse casi inmediatamente a corta distancia sin dejar de producir un ronco sonido con su garganta. La herida debía producirle agudo dolor.

Ni el brazo de Van Deerst era lo suficiente fuerte, ni Tom Álvarez tenía el cráneo tan tierno como para estar mucho tiempo inconsciente. Pasados algunos segundos, contados a partir de la llegada de la fiera, comenzó a agitarse y lanzar algunos gemidos. Esto llamó la atención del tigre, que fijó en

él su siniestra mirada.

Encogió sus músculos en el preciso momento en que Álvarez se percataba del terrible peligro. Cuando la fiera se lanzó sobre él en espeluznante salto, el joven pudo esquivarla con grandes apuros. Apenas había apoyado el tigre sus cuatro extremidades sobre el suelo, cuando ya de nuevo se disponía para el salto.

Álvarez miró en derredor con desesperación. Sólo una rama seca, a pocos metros de distancia, le brindaba la única defensa. Dio un poderoso salto al mismo tiempo que lo hacía el tigre de Marte.

El chasqueado animal semejó estupefacción al no hallar su presa. Sus ojillos menudos y relucientes parpadearon al mirar a Tom Álvarez. Pero entonces el sudamericano empuñaba con decisión la pesada rama.

La fiera dio dos poderosos saltos y atacó. Álvarez blandiendo la improvisada rama, asestó un terrible golpe a su enemigo. Sonó un fuerte chasquido y ambos rodaron sobre la hierba. Segundos después era el hombre quien se alzaba victorioso.

Un grupo del «U-327» irrumpió en el claro. Pertenecían a uno de los grupos que «Pelirrojo» ordenó la búsqueda. Rápidamente fue llevado a presencia de Saunder.

-¿Qué ha sido de los otros? -preguntó éste.

-Son prisioneros de los hombres de Venus. Pero no podemos perder tiempo en explicaciones. Hemos de dar caza al traidor que nos puede llevar hasta «Meteoro» y los otros. Escapó después de golpearme y no puede estar muy lejos. Está completamente agotado y sus fuerzas son pocas para poder realizar una rápida huida a través de esta maldita selva.

No hicieron falta más palabras. Con perfecto sentido del mando, Saunder ordenó la rápida formación de cuatro patrullas que partirían en el sentido de los cuatro puntos cardinales para evitar que Van Deerst pudiera burlarles.

La predicción del sudamericano resultó cierta. Van Deerst fue alcanzado a poca distancia del campamento por la patrulla que tomó el norte como punto de referencia. El traidor estaba realmente aterrado, pero su desesperación llegó al máximo cuando estuvo en presencia del resto de los terrestres. La formidable astronave de guerra le indujo a creer que el Consejo Supremo había tomado cartas en el asunto y se disponía a destruir las

estaciones venusianas.

El pánico le desató la lengua sin necesidad de que hubieran de interrogarlo.

-¡Es una estupidez lo que intentan! -chilló cuando estuvo en presencia de Saunder y Tom Álvarez-. Están en un gran error si creen que van a destruir a los venusianos con una sola astronave, por muy potente que sea.

Hizo una pausa ante el silencio de los otros, que, sin él saberlo, esperaban ansiosos sus palabras. A Van Deerst le faltó el tiempo para avisar a los expedicionarios de la Tierra del peligro que representaba enfrentarse a los invasores de Venus con tan escaso contingente de armas y hombres. No le movió a ello un arrepentimiento sincero ni un noble sentido de la responsabilidad, sino el temor de que, yendo su suerte unida a la de ellos, tuviera el mismo trágico fin que para los terrestres adivinaba. Si eran destruidos, también lo sería él.

Ya en pleno ataque histérico, continuó hablando:

-Si tienen el menor atisbo de sentido común, deberán abandonar inmediatamente estos lugares. Hay miles de venusianos aquí, disponiendo de diabólicas armas de destrucción. Y no es eso sólo. Están con ellos los marcianos, que les seguirán ciegamente a la lucha...

-¿Qué clase de fantasía es esa? -cortó Saunder-. Todos sabemos que Marte carece de habitantes.

-El que nadie los haya visto no supone que no los haya. Sería muy largo de explicar y lo importante es que escapemos de aquí. Cada minuto que pasa se lleva consigo una posibilidad de escapar.

-Nada de eso. Nadie escapará. Vamos a darles la batalla -afirmó Saunder. Hablando ya con Álvarez, dijo-. No sé siquiera cómo lo haremos, pero soy muy cabezota para que unos miserables venusianos me introduzcan el miedo en el cuerpo ¡Si al menos estuviera aquí «Meteoro»!

-Si él no está aquí, podemos en cambio ir nosotros por él.

-¡Magnífica idea! Y, dime, ¿qué autobús es el que hay que tomar para ir hasta él? -inquirió Saunder con sorna.

-No hubiera apuntado la idea, si no existiese la posibilidad de hacerlo. Eso sí, es tan arriesgado que no me atrevo a proponérselo a nadie. Iré yo solo. Es decir... Van Deerst también está invitado.

El gordinflón pareció acusar los efectos de una descarga eléctrica.

-Está usted loco de remate. Si lo que intenta es llegar hasta la ciudad submarina ya puede comenzar a impetrar la ayuda divina, porque sólo un milagro podría realizar sus utópicos sueños. Es totalmente imposible. No hay modo de llegar hasta ella sin ser descubiertos.

-No opino yo del mismo modo. Lo hay y vamos a intentarlo nosotros dos.

-Si es cierto, seremos tres -afirmó Saunder con decisión-. Sepamos qué te propones.

Inmediatamente, Álvarez, explicó lo que se disponía a hacer.

El plan se basaba en la existencia del torpedo que había utilizado Yvette para su huida. Las argumentaciones de Van Deerst, que afirmaba que serían descubiertos, las rebatió el sudamericano alegando que habría de ser el propio Van Deerst quien lo tripulara, disipando con ello la sospecha de los venusianos.

El gordinflón se negó de plano a secundar las instrucciones de Tom.

-Ni aunque me matara lo haría -chilló.

En la diestra de Álvarez relumbró su afilado machete que esgrimió siniestramente ante Van Deerst.

-A simple vista no se puede adivinar las cosas de que soy capaz de hacer con este juguete. No constituye un alarde si digo que no ha sido una sola vez la que he cortado la cabeza de una pitón de un solo tajo. No creo que tu cuello ofrezca mucha más dificultad

Una actividad febril reinó durante algún tiempo en derredor al «U-327». Media hora más tarde partía un pequeño ejército compuesto de veinte hombres en dirección al mar de Clive. Según había explicado Van Deerst, sabiamente aconsejado por el largo cuchillo de Tom Álvarez, los torpedos eran arrojados al exterior por unos tubos especiales, pero el regreso a la ciudad lo hacían mediante el empleo de cámaras estancas. Opinaba que era probable que algunos hombres-rana pudieran entrar en la ciudad al amparo del torpedo.

Tom Álvarez realizó el viaje bajo la incertidumbre. Si el torpedo había sido descubierto, todos sus planes se vendrían abajo. Pero no; el torpedo fue hallado en el mismo lugar en que se le ocultara. Rápidamente se dispuso el viaje.

Saunder, Tom Álvarez y el traidor Van Deerst, ocuparon el torpedo;

el resto de los hombres vistieron el grotesco equipo de inmersión. Antes de que ésta se realizara, Saunder, dio la siguiente consigna a sus hombres.

-No sé si podréis entrar en el objetivo, pero si así es, procurad no perder de vista a Van Deerst. Si nos descubre, disparad sobre él sin la menor sombra de compasión -se inclinó sobre el orificio del escotillón-. Ya ha oído, Van, si era eso lo que había imaginado, piénselo antes de hacerlo.

Accionado por el aterrado traidor se puso en marcha el mecanismo impulsor del torpedo. La densa neblina roja de Marte comenzaba a enrarecerse tintándose con matices sanguinolentos como presagio agorero.

* * *

Por el orificio acristalado de una de las paredes del torpedo pudo ver Saunder la grandiosa campana transparente que cerraba lo que debía ser la entrada de una monstruosa gruta en cuyo interior se asentaba la fabulosa ciudad submarina. Pudo ver igualmente a sus hombres que, semejando otros tantos monstruos marinos, escoltaban al torpedo en su suave marcha.

Casi inmediatamente brilló una lucecilla en el diminuto cuadro de mando. La insistencia de la señal hízole comprender que era una llamada solicitando una contraseña. Van Deerst debió responder satisfactoriamente, toda vez que la llamada cesó. En el interior del torpedo pareció enrarecerse el ambiente. La tensión nerviosa crispó a los tres navegantes. Por el escotillón pudo ver a los que nadaban que se iban aproximando al torpedo. Casi inmediatamente una sacudida conmocionó a la nave y un sordo rumor llegó hasta ellos.

-¡Ya estamos dentro! -gritó Van Deerst, agarrándose frenéticamente a las mamparas.

Saunder y Tom Álvarez le imitaron. Y fue a tiempo, porque el torpedo comenzó a danzar fantásticamente, agitando con violencia de látigo a sus ocupantes.

Lentamente fueron cesando las brusquedades hasta que el pequeño submarino recobró su perdida estabilidad. El paso a la otra esclusa se realizó con una suavidad que contrastó con la anterior. Pudieron ver a los hombres-rana que verificaban el paso con idéntica facilidad.

-Deben haber pasado un mal rato esos muchachos -comentó Saunder.

-Sólo resta emerger a la superficie y toparnos con los venusianos -dijo Van Deerst, a quien la proximidad de sus aliados parecía haber devuelto parte

de su aplomo-. ¿Qué hacemos?

-Emerger, naturalmente -apuntó Saunder.

-Pero antes necesitamos algunos datos -intervino Álvarez-. ¿Cuántos venusianos guardan esta entrada?

-Normalmente son unos treinta.

-Deben estar confiados.

-Hay numerosas armas que cubren todo el puerto interior -repuso Van Deerst con una extraña sonrisa.

-Eso no nos importa. ¿Qué suelen hacer con los torpedos cuando sus ocupantes los abandonan? Piense bien antes lo que ha de responder, pues nuestros amigos no perdonarán una traición.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del gordinflón, que no pudo evitar el lanzar una furtiva mirada por la ventana esférica. La fantástica formación de nadadores que les escoltaba pareció afectarle.

-Los remolcan hasta una dársena, en espera de trasladarlos a la cámara que habrá de dispararlos cuando nuevamente hayan de ser usados.

-Bien. Cuando salga procure obrar con naturalidad y trate de que no sepan que nosotros estamos dentro. Luego habremos de reunirnos necesariamente. Y no nos traicione, porque le mataré aunque sea lo último que haga en esta vida.

Sin responder, Van Deerst hizo emerger al artefacto. Poco después lo detenía y abría la escotilla, saliendo al exterior. El escotillón quedó ligeramente entornado. Álvarez se dispuso a observar por la rendija.

Le cegó la luz intensísima que penetraba por ella. Desde su nueva posición contempló lo que sucedía en el exterior. Ni por un solo momento dejó de tener listo su fusil eléctrico. Junto a él, Saunder, con las mismas precauciones, esperaba.

El enorme muelle interior aparecía desierto y Van Deerst hablaba con un hombre-medusa armado. Más alejados había hasta diez que, igualmente armados, se mantenían a la expectativa. En unas casamatas de cuyo interior salía luz, podíanse ver algunas siluetas de venusianos. Aquello debería ser el retén, supuso Álvarez.

Después del rápido examen dedicóse a examinar al traidor. Cualquier descuido significaba la muerte y la de todos sus compañeros. Pero el tiempo que había invertido en reconocer el lugar fue suficiente para que Van Deerst

consumase su traición.

Pese a que el muchacho no tuvo más aviso que el de la intuición, llegó a darse cuenta inmediatamente.

El gordinflón dio un salto para salir de la trayectoria de posibles disparos y el de Venus dio un gutural chillido de aviso para poner en guardia a los suyos. Pero ya para entonces había empujado Tom la trapa del escotillón y disparaba las ráfagas eléctricas de su arma.

El venusiano fue el que primero cayó, aunque el terrestre inició su fuego contra el traidor.

Como terroríficos fantasmas brotaron del agua los hombres-rana disparando sus armas.

Los sorprendidos venusianos no pudieron ofrecer resistencia al arrollador ataque de los terrestres. Pero inmediatamente comenzaron a salir guerreros de Venus de las casamatas iluminadas.

Los terrestres buscaron donde guarecerse y se estableció la batalla.

Los de Venus estaban desconcertados por el ataque y acusaban la falta de quien les dirigía y que fuera sin duda el primero que derribara Tom Álvarez.

La traición de Van Deerst había precipitado los acontecimientos y ahora un mortal cepo se cerraba sobre los audaces terrestres. Diecinueve hombres eran bien pocos para aquel ejército de invasión.

La alarma estaba dada y de un momento a otro irrumpirían en el puerto nuevos refuerzos enemigos.

De súbito sonaron más disparos hacia la derecha y por una amplia calle desembocó un numeroso grupo.

CAPÍTULO IX

La batalla

La primera impresión que tuvo el capitán «Meteoro» al despertar fue la de intenso calor. Estaba tendido y tenía la impresión de no estar solo. Se incorporó en la especie de lecho sobre el que había estado echado y dirigió una mirada en derredor de sí. Tumbados como él lo estuviera antes vio a casi todos sus hombres. Buscó ansiosamente con la mirada hasta tropezar con el cuerpo de Yvette. Un hombre anciano estaba incorporado sobre ella. «Meteoro» llegó hasta él en sólo dos zancadas.

-¿Quién es usted y dígame, si puede, qué les sucede a mis hombres?

-Sus hombres están por ahora fuera de peligro. En cuanto a mí, soy el profesor Berger, Claude Berger. ¿Puedo, a mi vez, saber quiénes son ustedes?

«Meteoro» se pasó la mano por la frente y dejóse caer sobre el camastro.

-Eso quisiera saber yo también. Por lo pronto, unos estúpidos por dejarnos atrapar de un modo tan sencillo.

-No conoce bien a los venusianos si dice eso. ¿Les sorprendieron? ¿Forman parte de alguna misión científica?

-En parte. No fue por completo sorpresa, porque sabíamos de donde podía venir el peligro. Nuestra misión era buscarle a usted y tropezamos con su hija, que nos indicó su paradero. Después, los venusianos nos han facilitado la labor. Yo he terminado mi trabajo. Le he encontrado a usted.

-Entonces, ¿en la Tierra saben del peligro que les amenaza? Observo que no es usted militar.

-No, no lo soy. Como parece que hay tiempo, le pondré al corriente de todo.

En el transcurso del relato fueron despertando de su letargo el resto de los prisioneros.

-¿Qué pensarán hacer con nosotros? -preguntó «Meteoro» una vez hubo acabado.

Berger, a quien iba dirigida la pregunta, se encogió de hombros.

-Hassan no es muy explicito. Ni siquiera dijo nada cuando les trajeron aquí -respondió.

-¿Quién es Hassan?

-Uno de los hombres de confianza del Residente de Moon. Hace algún

tiempo se hizo correr la especie de que había desaparecido en el desierto Death, en la Luna.

«Meteoro» se puso en pie y dio algunas vueltas por la estancia. Se detuvo en el centro de la misma y dirigió la mirada a sus compañeros.

-Yo, por mi parte, no estoy dispuesto a esperar en esta mazmorra. En la primera ocasión que tenga me escaparé -dijo-. ¿Quién de vosotros está dispuesto a correr la aventura conmigo?

-Creo que todos.

Era Zalakos quien había hablado y nada hizo comprender que alguien estuviera en desacuerdo con sus palabras.

-No es tan fácil como creen -se apresuró a advertir Berger.

-Su hija se escapó y llegó hasta nosotros.

-Ella era mujer y no le prestaron demasiada importancia.

-Y estuve a punto de perder la vida -añadió ella.

-No la tenemos muy segura si continuamos aquí. Persisto en mi propósito.

-Está bien. Correremos el albur, pero no se haga demasiadas esperanzas.

-Aprecio su consejo, Berger, pero le diré algo. Primeramente acepté esta misión por una simple rabieta de amor propio; luego, me deslumbró la recompensa. He cumplido cuanto deseaba. Mas ahora ya nada de eso me importa; hay momentos de la vida en que hasta el más materialista siente la necesidad de ser generoso para con los demás. Yo sé que en circunstancias normales a nadie de la Tierra le hubiera importado que me muriera de hambre si no encontraba trabajo, pero cuando desde aquí se ve el peligro que se cierne sobre la humanidad, uno siente el deseo imperioso de ser héroe, de darlo todo por esos a quienes no importamos nada. ¿Me entiende?

-Sí -respondió Berger-. Cuente conmigo.

-¡Magnifico! Lo que importa ahora es salir de aquí y procurarnos armas. ¿Cómo podríamos hacerlo?

-El conseguir armas lo ignoro, pero sí puedo facilitarles la huida.

-¿Cómo?

-Sería largo de explicar y no hay tiempo. Ahora vendrán por mí para llevarme al laboratorio. Siempre voy custodiado por dos venusianos, pero me desharé de ellos cuando regrese de allí. Mi trabajo durará poco tiempo, porque

me fingiré indispuesto. Estén todos preparados para escapar. Antes de media hora estaré aquí...

No pudo acabar de hablar porque se abrió la puerta para dar paso a dos venusianos armados. Afuera quedaron cuatro más. Tras cambiar una mirada de inteligencia con «Meteoro», Berger fue al encuentro de los recién llegados y desapareció con ellos.

El laboratorio estaba relativamente cerca de la celda colectiva. En él le esperaba ya Hassan, que le vigilaba, ayudado de los dos guerreros de Venus. El profesor Berger aprovechó una salida de aquél para apoderarse de un ácido sumamente corrosivo que ocultó entre sus ropas.

Poco después regresaba Hassan. Transcurrió aún algún tiempo antes de que Berger se decidiera a representar la pantomima. Su guardián terrestre no mostró desconfianza cuando el científico comenzó a quejarse. Su salud no era de las mejores y repetidas veces debía abandonar el trabajo.

-Puede retirarse a la celda -concedió Hassan.

Habló a los venusianos y nuevamente le custodiaron a través de los mal iluminados pasillos. Berger sacó disimuladamente el frasco que contenía el terrible ácido. Esperaba a estar más cerca de la celda para atacar a sus guardianes. Había de realizar la agresión con precisión matemática para no verse sorprendido en su labor.

Al fin llegaron al lugar que estimó propicio y se dispuso a agredir. Las sombras le ayudaron eficazmente. Con los nervios en tensión destapó disimuladamente la botella y decididamente lanzó parte del contenido del recipiente contra los ojos del venusiano que llevaba a su derecha. Un sonido gutural se escapó del cuerpo gelatinoso. Antes de que el otro pudiera darse perfecta cuenta de lo que sucedía, recibió en pleno rostro el resto del ácido.

Cayeron los dos guardianes al suelo retorciéndose de dolor y perdiendo las armas con la caída. Rápidamente se apoderó de ellas el profesor. Un gesto de repugnancia cruzó su rostro, pero el recuerdo de la incierta suerte de su hija y el resto de los terrestres le dio fuerzas suficientes para disparar a quemarropa sobre ambos.

-¡Que Dios me perdone! -musitó.

Con una mortífera esferilla en cada mano avanzó decidido hacia la celda. Se topó con el primer centinela e intuitivamente descargó sobre su cabeza un golpe que hubiera bastado para matar a un terrestre, pero que

apenas si bastó para conmocionar al habitante de Venus. En aquel preciso momento fue descubierto por los otros tres. Los centinelas abrieron fuego contra él. El que recibiera el golpe actuó a modo de escudo. Frenéticamente disparó Berger casi a ciegas hasta que vio a sus pies los cuatro cadáveres de sus enemigos. El costado le dolía terriblemente y advirtió unas fuertes náuseas. Se llevó la mano al lugar dolorido y la retiró tinta en sangre.

Comprendiendo que la vida se le escapaba por aquella herida, procedió sin pérdida de tiempo a franquear la salida de los prisioneros.

En completo silencio fueron repartidas las armas de los caídos y sin dejar de correr trataron de ganar la sala de los torpedos.

Siempre guiados .por Yvette corrieron frenéticamente por los corredores casi en tinieblas. De un momento a otro podía surgir un grupo de venusianos y la situación comenzaría a ser angustiosa para los terrestres. El profesor Berger corría ayudado por dos terrestres, sin que Yvette supiera de la herida de su padre.

El primer encuentro tuvo lugar al doblar un recodo. La escaramuza fue terrible. «Meteoro» se apresuró a apartar a la muchacha hacia la pared, mientras en breves segundos v con verdadero salvajismo se mataba por seguir viviendo.

Los venusianos llevaron la peor parte, pues todos sucumbieron en la refriega, pero cuatro terrestres quedaron allí tendidos sobre ellos.

Prosiguió la loca carrera. Hubieron de cambiar de ruta para no tropezar de lleno con otra patrulla de enemigos.

Y de pronto llegaron hasta ellos los ecos de disparos. Al desembocar en el puerto interior contemplaron la lucha que los venusianos sostenían con un grupo de hombres-rana.

-¡Hemos do reunimos con ellos, sea como sea! -gritó «Meteoro».

Inmediatamente se escuchó la voz detonante de «Pelirrojo» Saunder que gritó:

-¡Aquí, «Meteoro»!

En verdadera tromba arrollaron los evadidos a los que resistían a Saunder y los suyos.

-¡La cámara de los torpedos está muy cerca de aquí! -gritó Yvette-. ¡En sentido contrario al que traíamos al llegar!

La fusión de ambos grupos se hizo rápidamente y los recién llegados

no tuvieron tiempo de detenerse. Casi todos se habían armado con las armas de los caídos en la lucha.

Desesperadamente fueron corriéndose hacia el lugar en que Yvette decía se hallaban los torpedos. Tres venusianos les hicieron fuego desde su interior, pero fueron aniquilados casi inmediatamente a cambio de la vida de dos terrestres.

Se hicieron fuertes en la cámara mientras Yvette explicaba someramente el funcionamiento de las máquinas. En un momento dado fueron ocupados los torpedos y comenzaron a salir disparados. Sólo quedaron «Meteoro», Saunder, Tom Álvarez y el profesor Berger.

Los tres primeros empuñaban sendas granadas de mano que se disponían a lanzar sobre el enemigo en cuanto éste irrumpiera en la cámara.

-Denme a mí esas granadas -exigió Berger-. Tendrán más efectividad si las manejo yo.

-¿Qué se propone con eso? -interrogó «Meteoro».

-Márchense y procuren que no le pase nada a mi hija.

-No admitimos su sacrificio, Berger. Es usted demasiado importante.

-Para la Muerte, tal vez. Esta herida es demasiado grave para que llegue siquiera a la superficie del mar.

-Me niego...

-¡Vamos! El tiempo apremia. Además, me sucede como a usted hace unos momentos. Acuso un transporte de heroísmo.

Intentó una sonrisa que el dolor cortó apenas comenzó a aflorar en sus labios de los que escapó un hilillo de sangre.

Demasiado impresionados para poder decir nada, los tres terrestres ocuparon un torpedo y abandonaron la cámara lanzadora.

Berger esperó unos momentos hasta que creyó que los otros estaban a salvo y se aproximó a los tubos de expulsión. En el interior del central alrededor del cual, concéntricamente, se abrían los otros, arrojó tres granadas.

El tremendo estallido derribó a los primeros venusianos que llegaban ya hasta el profesor. Innumerables cascotes cayeron sobre sus cuerpos y los diseminados despojos de Berger.

* * *

De les nueve torpedos disparados sólo ocho llegaron a la superficie. Yvette se desvaneció al saber la heroica resolución adoptada por su padre.

Era completamente de noche cuando emergieron a la superficie y, por tanto, difícil que los venusianos les localizaran. Caminaron durante toda ella hasta la extenuación, no concediéndose descanso hasta que sus músculos se negaron a seguir prestando su trabajo motor.

Apenas el duro sol de Marte se alzó sobre el mar de Clive se pusieron nuevamente los terrestres en marcha. Era bien entrado el día cuando vieron surcar el cielo una esfera de Venus. Había comenzado la caza.

A partir de aquel momento fueron varias las que vieron durante la mañana. Esta circunstancia intranquilizó a los terrestres, pues la maniobra era bien comprensible.

Cada una de aquellas esferas era portadora de un destacamento de hombres que era depositado en la jungla. Les sabían sin ingenios voladores y suponían fundadamente que no abrían ido muy lejos. Antes de que cayera la noche habrían sembrado la jungla de patrullas y sería cosa de horas el que les localizaran.

En constante tensión caminaron durante teda la tarde. Con la iniciación del crepúsculo coincidió el primer encuentro. No serían más de veinte los enemigos y, tras de rudo y rápido combate, consiguieron los terrestres abrirse paso, pero ya había sido dada la alarma y su posición exacta. «Meteoro» alentaba desesperadamente a sus hombres, pues sabía de lo próximos que estaban del «U-327».

Pero cuando más cerca estaban de conseguir el anhelado objetivo, toparon con una nueva patrulla. Los terrestres hubieron de hacerse fuertes en un circo rocoso que se abría en la cresta de una colina enana desprovista por completo de vegetación.

Las dos patrullas de Venus se reunieron y dispusiéronse para el ataque. Era noche cerrada y a ello debían el no haber sido ya totalmente aniquilados.

Llevaban dos horas de lucha y sólo quedaban con vida diez terrestres de los veintisiete que habían logrado escapar en los torpedos.

Hacia el alba decrecieron los ataques y ambos contendientes se concedieron una tácita tregua.

-Apenas surja el sol caerán sobre nosotros y todo nuestro esfuerzo habrá sido en vano -comentó Tom Álvarez.

-Aún queda alguna esperanza -replicó «Meteoro»-. Podemos resistir

todavía mucho tiempo

-Estamos rodeados de cadáveres. El sol y su hedor acabarán con nosotros si no lo hacen los venusianos -terció Saunder-. ¡Y pensar que estamos a sólo dos pasos de nuestros amigos! Bastaría que tuviéramos una emisora para que cambiara nuestra suerte.

Desde donde estaban podían divisar a los venusianos. Parecían esperar.

-¿Cómo pudisteis llegar hasta nosotros? -preguntó «Meteoro».

Fue Saunder quien le puso en antecedentes de cuanto había acaecido desde que el «U-327» se posara sobre el planeta.

-Y por cierto -comentó «Pelirrojo»-, ¿habéis visto marcianos?

-¿Por qué me haces esa pregunta, Saunder? Sabes tan bien como yo que este mundo está deshabitado. Se dice que existieron seres humanos que alcanzaron mayor cultura que la nuestra, incluso se apunta la posibilidad de que una guerra atómica destruyera hasta el menor vestigio de ella.

-Tengo otras noticias que afirman lo contrario. Van Deerst aseguró la existencia de marcianos y afirmó que están aliados con los venusianos.

-Pero es estúpido. Hace diez años que los terrestres se asentaron en este planeta y jamás se ha hablado de haber visto a ningún humano.

-Ten en cuenta que se conoce apenas la zona en que se enclava la Estación Experimental. Conocemos de Marte apenas una extensión algo mayor que lo es África allá en la Tierra. Si comparas las dimensiones de nuestro mundo con éste... Además, se aseguró que en Marte había habitantes.

-Durante el tiempo que estuve prisionera en la ciudad submarina pude ver a hombres de talla inferior a la nuestra y de piel sumamente cobriza, pero eran tan sumamente parecidos a los terrestres que no paré mientes en ellos. También mi padre me habló de su existencia.

-¡Mirad, ahí vienen!

Efectivamente, por la poco inclinada ladera comenzaban a ascender los repugnantes monstruos gelatinosos.

En aquel nuevo ataque casi se llegó a disparar a quemarropa y mal hubiera acabado para los terrestres de no haber recibido refuerzos.

Una patrulla del «U-327» había descubierto el asedio y llegaba en un momento oportuno. Un audaz golpe de mano maravillosamente ayudado por la sorpresa permitió al inesperado socorro llegar hasta los sitiados e iniciar la

retirada, siempre acosados por el enemigo.

Por radio se pidieron refuerzos al «U-327», del que partieron tres gigantescos helicópteros que evacuaron a los terrestres. Para entonces la escaramuza ya había tomado caracteres de pequeña batalla. Desde la altura pudieron ver patrullas de venusianos que constantemente salían de la espesura para dirigirse a la dilatada planicie arenosa sobre la que se asentaba el mastodonte interastral.

Las conocidas esferas plomizas hicieron acto de presencia. Cuando los terrestres se posaron junto al «U-327» el cielo aparecía plagado de ellas. «Meteoro» pudo contar hasta cincuenta.

Rápidamente fue ascendiendo hasta la cabina central de mando. El ataque se produjo con el espantoso atronar de las superarmas. Los cañones sensimáticos dirigidos por la formidable simbiosis de un complicado cerebro electrónico y una célula fotoeléctrica ultrasensible hacían verdaderos estragos entro las veloces y maniobreras esferas de Venus.

La batalla, pues ya era tal, duraba tres días. La situación de los terrestres comenzaba a ser, si no desesperada, comprometida. Las tres «U-327» que prometiera Blomberg anunciaban su llegada para tres días más tarde. El Consejo Supremo, enterado de la gravedad de la situación en Marte, destacaba a aquel planeta la IV Sección de la Flota Interplanetaria con base en el Sahara. Doscientas cuarenta espacionaves en total y casi el cuarenta y cinco por ciento del material de la flota.

Mientras tanto debían resistir. La Estación Experimental fue avisada del peligro de invasión por las hordas y sus escasos efectivos militares se aprestaron a la defensa de la valiosa posición.

«Meteoro» estimó como más conveniente no despegar de Marte. De aquel modo se hacia mucho más fácil la defensa y centraba en él toda la atención del enemigo, protegiendo con ello indirectamente a la Estación Experimental de Nuevo Ecuador.

Cuando sólo faltaban dos días para el arribo de las esperadas astronaves de refuerzos observaron que los venusianos montaban su artillería pesada en un largo proceso de operaciones y complicados trabajos que dieron a entender al comandante del «U-327» que los venusianos estaban dispuestos a hacerles desaparecer.

Aquella misma noche comenzó el feroz bombardeo. Durante su

transcurso la nave de los terrestres fue alcanzada de consideración cinco veces. La «cortina» electromagnética que protegía al «U-327» se alimentaba de la energía generada por los turborreactores de impulsión y que era almacenada en potentes acumuladores, pero la prolongada inactividad de aquéllos había delimitado notablemente la efectividad de la «cortina» y los proyectiles comenzaron a dañar la obra muerta del acorazado del espacio. «Meteoro» hubo de maldecirse repetidas veces por su decisión de permanecer en tierra.

El atroz castigo a que fue sometido el «U-327» durante todo el día siguiente le desmanteló casi por completo. Varias veces intentaron las hordas venusianas asaltarlo en acción combinada con las esferas, pero fueron rechazados. Todo, empero, hacía pensar en la pronta capitulación de aquel puñado de héroes que llevaban un día completo sin comer, por haber sido alcanzado el pañol en el que se almacenaban las provisiones.

Hacia el amanecer del día siguiente se inició un nuevo ataque en acción conjunta de las naves interplanetarias y las fuerzas que asediaban al inexpugnable bastión, coincidiendo con la aparición en el espacio de las siluetas amenazadoras de las tres «U-327» que acudían en ayuda de los sitiados.

Una tormenta de metralla y explosiones atómicas se abatió sobre los venusianos. No más de media hora duró el combate, que finalizó con la retirada de los venusianos.

Cinco días más tarde, con la llegada de treinta nuevas «U-327», «Meteoro» recibió del Consejo Supremo la orden de comandar las fuerzas terrestres y aniquilar las posibles bases de Venus en Marte.

La ciudad submarina fue destruida tras un devastador bombardeo. La segunda base fue localizada y expugnada igualmente tras cruenta lucha. Quedaba, por tanto, un solo reducto venusiano, según las informaciones de Van Deerst.

Casi un mes más tarde tuvo conocimiento «Meteoro» del emplazamiento de la tercera base de Venus. Las patrullas de observación habían localizado una enorme concentración de esferas de combate venusianas.

La flota terrestre salió al encuentro del enemigo. Lo halló a seiscientas millas del mar de Clive.

Sidney Tracy contempló la compacta formación adversaria y consideró que no menos de ochocientas esferas la componían, algunas de ellas de mayor tamaño que las hasta entonces conocidas.

De pronto creyó advertir entre ellas la silueta inconfundible de una astronave terrestre.

Y en aquel momento el encargado de la pantalla televisora avisó:

-¡Señor, hay una comunicación del enemigo solicitando que adaptemos nuestro receptor de imágenes a cierta frecuencia que consigna! ¿Qué hago? La demanda ha sido hecha en perfecto esperanto.

-Establezca esa nueva frecuencia.

Obedeció el hombre y segundos después aparecía en la pantalla la imagen de Ernest Rennie, el traidor residente.

Por el altavoz llegó hasta el joven Tracy la voz bien modulada e inconfundible.

-¡Atención, capitán «Meteoro»!

-Le escucho.

La batalla había comenzado y el cielo de Marte se veía surcado en todas direcciones en aquella macabra danza de muerte y destrucción.

-Capitán «Meteoro», tengo una proposición que hacerle. Únase a mí en la lucha y tendrá un importante cargo en el nuevo régimen que voy a establecer en la Tierra. ¿Cuál es su respuesta? ¿Está conmigo?

-Aún no. pero no voy a tardar mucho en estarlo. Voy a destruirle.

«Meteoro» imprimió una nueva dirección a su astronave dirigiéndose en línea recta hacia la de Rennie, que se dio a la fuga adentrándose en el mar. Casi sobre el antiguo emplazamiento de la ciudad submarina le alcanzó con sus disparos.

El aerocohete del traidor se precipitó en el mar. La gigantesca batalla casi había terminado cuando «Meteoro» llegó al escenario de la lucha. El enemigo, derrotado, regresaba a Venus.

* * *

-Todo ha terminado, Sidney. ¿Que hará ahora?

«Meteoro» envolvió a Yvette en una mirada intensa, turbadora.

-Aún no lo he decidido. Me han hecho multitud de proposiciones. Desde la de coronel de la Flota Interplanetaria hasta la de residente de Moon. Pero creo que volveré a ocuparme de fletes civiles; es algo prosaico, pero más

independiente.

-Adora su preciosa libertad, ¿no es cierto?

La atrajo suavemente hacia sí.

-Te has propuesto atraparme -susurró- y lo que más me asusta es que lo vas a conseguir.

-¿Cómo puedes suponer que iba a dejar escapar al hombre que es capaz de hacer desaparecer la más terrible amenaza que jamás conmovió a la Tierra?

-No, Yvette. No hemos hecho más que ganar la primera batalla. La amenaza queda allá arriba. ¡Quiera Dios que esto haya servido de lección a quienes rigen los destinos de la Tierra! Pero olvidemos eso; habrá de pasar mucho tiempo antes de que Venus pueda atacar a la Tierra. Por lo menos creo que tendremos tiempo suficiente para casarnos.

FIN

75

—Siwha es un mundo prácticamente muerto Su resurrección depende de un metal que ustedes poseen en abundancia: ¡El oro!...

Knox Hinried, jerarca del continente americano, esbozó una sonrisa.

—¿Un tratado comercial, acaso? —sugirió esperanzado.

—No, exactamente —contestó Erk Rambsik—. En nombre de Simok II, sátrapa omnipotente de Siwha, me honro en anunciar que la población terrestre ha de ser exterminada en un breve plazo. Exigimos el total desalojamiento de la Tierra para dar cabida a nuevos colonos. ¡A los habitantes de Siwha!

PANICO EN LOS ESPACIOS SIDERALES

es el relato alucinante de la más dramática epopeya que un grupo de hombres llevara a cabo para salvar la humanidad terrestre.

KAREL STERLING

maestro del «suspense» inicia su colaboración futurista en esta Editorial presentando

PANICO EN LOS ESPACIOS SIDERALES

en el próximo número de la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: 6 pesetas

Notes

[←1]

En el argot de lo» pilotos interplanetarios.